

ARMAS Y LETRAS



HEMEROTECA
MUNICIPAL

ARTES · CIENCIAS · INVENTOS · VIAJES · DEPOR-
TES · LITERATURA · PASATIEMPO · CURIOSIDADES
VULGARIZACIONES CIENTÍFICAS



DIRECTOR - PROPIETARIO
VICENTE VALERO DE BERNABE



HEMEROTECA
Ayuntamiento de Madrid

NÚMERO 38
PRECIO: 60 CÉNTIMOS

En lo sucesivo no tendrá usted que recurrir a mil
distintos libros cuando tenga que realizar algún
:::-: trabajo sobre ciencias y artes militares :::-:

Toda la labor la encontrará
hecha, ordenada y agradable-
mente presentada en el nuevo



DICCIONARIO MILITAR

ENCICLOPEDIA ILUSTRADA DE CIENCIAS MILITARES

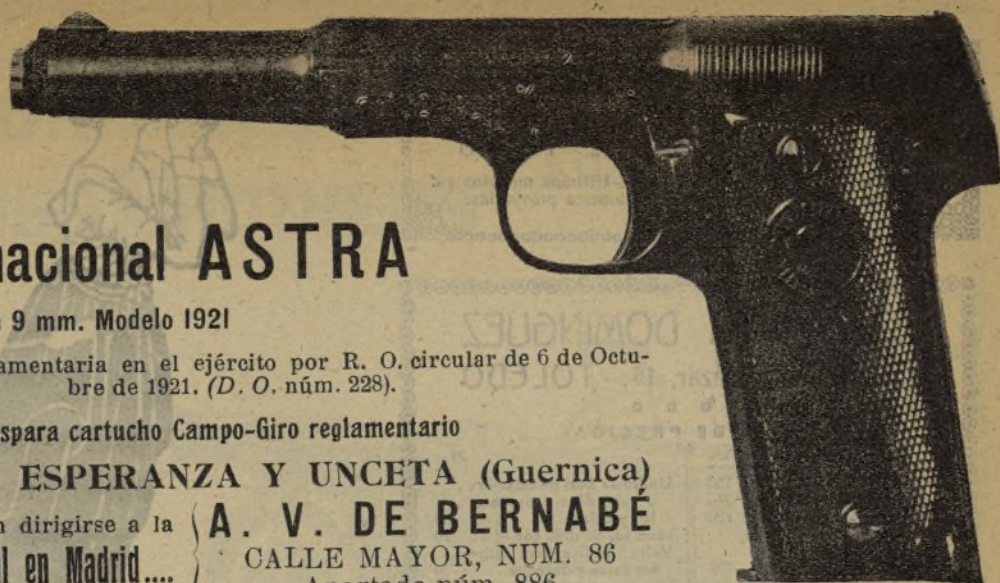
Ensayos críticos y recopilación por
VICENTE VALERO DE BERNABÉ,
— Capitán de infantería —

Magnífica obra que se publica lujosamente editada y con grabados interesantes que avaloran las exposiciones. El completo de la obra formará aproximadamente CUATRO HERMOSOS TOMOS de 1.000 páginas cada uno. Más de 3.000 grabados intercalados en el texto. Es una obra seria y amena, y por sus condiciones el consultor indispensable de todo el que tenga que tratar o estudiar asuntos militares. Para que esta espléndida edición se ponga al alcance de todos, la publicación se hace por cuadernos semanales, al precio de CINCUENTA CENTIMOS cuaderno.

Como nuestra edición es forzosamente limitada y el valor de la obra no permite ampliaciones de edición, si quiere usted asegurarse la posesión de tan interesante libro envíenos cuanto antes la noticia de su suscripción.

CUATRO CUADERNOS MENSUALES, 2 PTS. AL MES

El DICCIONARIO MILITAR de Valero de Bernabé será la obra fundamental de Ciencia y Arte militar que se haya producido en la presente época.



Pistola nacional ASTRA

De 9 mm. Modelo 1921

Declarada reglamentaria en el ejército por R. O. circular de 6 de Octubre de 1921. (D. O. núm. 228).

Dispara cartucho Campo-Giro reglamentario

Fabricantes: **ESPERANZA Y UNCETA (Guernica)**

Los pedidos deben dirigirse a la

Delegación general en Madrid....

A. V. DE BERNABÉ
CALLE MAYOR, NUM. 86
Apartado núm. 886

PRECIOS

AL CONTADO

Pistola en su caja, con un solo cargador y baquetón. **67,50 pesetas**
Idem con dos cargadores y baquetón. **70,00**

A PLAZOS

Los señores que así lo deseen pueden adquirir la pistola a plazos con un aumento de **cinco pesetas** en el precio total del arma. El pago se hará remitiendo 20 pesetas con la orden de pedido y abonando el resto en cinco plazos mensuales de 11 pesetas.

MUY IMPORTANTE: En las ventas al CONTADO han de acompañar juntamente con el importe del pedido pesetas para gastos de GUIAS DE CIRCULACION, PRECINTOS y embalaje, si las mercancías son para dentro de la Península, y si los envíos se han de hacer por paquete postal a AFRICA, BALEARES o CANARIAS, una peseta por pistola para gastos de guías, precintos y pago de paquete postal hasta la residencia del con- signatario.

Ventajas de la pistola nacional ASTRA, de 9 mm., modelo 1921, reglamentaria

Perfecto equilibrio en la mano, que facilita y hace perfecta la puntería.

Robustez de mecanismos. En las pruebas oficiales se han disparado en esta pistola 2.000 cartuchos, sin que el mecanismo haya sufrido la más leve avería.

Elegancia de forma.

Poco peso.

TRIPLE SEGURO, QUE LO FORMA:

Seguro de aleta, que permite el dominio del arma, pues puede ser puesto y quitado con el dedo pulgar de la mano misma que empuña el arma.

Seguro de tecla, que impide en absoluto el disparo mientras no se empuña el arma.

Seguro del cargador, por el que no puede jamás dispararse, una vez retirado el cargador, el cartucho que quedó olvidado en la recámara.

El conjunto de los tres seguros hace que esta pistola jamás pueda ser disparada por equivocación o impericia del que la maneja, o por caída del arma en el suelo.

Garantía de funcionamiento. Al montar y empuñar el arma, teniendo colocado el cargador, se retiran automáticamente los seguros.

Facilidad de desarme. Todas sus piezas se desarman rápidamente sin requerir el uso del destornillador.

Intercambiabilidad de piezas. Todas las piezas de la pistola son perfectamente intercambiables por otras de la misma clase. Cualquier avería puede, por consiguiente, ser inmediatamente remediada por poco coste, estando siempre el arma en disposición de servicio.

La pistola nacional ASTRA, ganadora en el concurso de pistolas reglamentarias en el ejército, es la pistola militar más perfecta que actualmente existe en el mundo. Es robusta, tiene poco peso, no se encasquilla, no puede dispararse por impericia y se prepara automáticamente para el disparo en el momento de empuñarla. Dispara cartuchos con el máximo de tolerancia. Se arma y desarma con pasmosa facilidad y permite la reposición de piezas en escaso coste. Además constituye un triunfo de la industria nacional, por ser modelo completamente nuevo y español.

GORRAS Y EFECTOS MILITARES

ADOLFO LÓPEZ

CUESTA DEL ALCÁZAR, 12.—TOLEDO

La Casa más económica en su clase.—Últimos modelos en gorras y roses.—Se hacen exportaciones a provincias.

SASTRERIA DOMINGUEZ

Cuesta del Alcázar, 14.—TOLEDO

NOTA DE PRECIOS

Pin.	Pta.
Capote paño 1.º.....	150
Capota paño o estambre..	210
Pelliza de 1.º, rizo de id.	120
Impermeable g. bardina	
con gabán y capota se-	
parada.....	225
Guertera de pana y estam-	
bre.....	120
Paulón Rev. con franja	
seda.....	17
Uniforme kaki de estambre	
y gabardina con panta-	
lón y calzón.....	30
idem id. de drill, con id.	70
Volvar pellica con todo	
los avios y dorados.....	70
idem guerrera con id. id.	
idem.....	50
Poner cuello y vueltas con	
estrella y sonáche.....	17

Si vuestra industria tiene relación con Centros, dependencias oficiales, oficinas del Ejército, o con cualquier manifestación de deporte o ciencia, **anúnciese en ARMAS Y LETRAS** y verá prosperar su negocio. Pida tarifas y presupuestos.



No soy ni sombra de lo que fui,
la juventud renace en mí,
Con PECA CURA lo conseguí.

Jabón, 150. Crema, 2,50. Polvos, 250. Agua Cután, 5,50. Agua de Colonia, 3,50, 6,10 y 16 pesetas, según frasco. Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 pesetas, según frasco.

ULTIMAS CREACIONES

Productos serie «IDEAL»

Acacia, Mimosa, Ginesta, Rosa de Jericó, Admiration, Matinal, Chipre, Rocío, Flor, Rosa, Vértigo, Claret, Muguet, Violeta, Jazmín.

Jabón, 3. Polvos, 4. Loción, 4,50, 6,50 y 20. Esencia para el pelo, 18 pesetas. Frasco con estuche.

CORTES HERMANOS, SARRIÁ (BARCELONA)

IMPORTANTE

Rogamos encarecidamente a nuestros suscriptores a quienes se les pasa cargo por la Central, acepten el pago de la suscripción por trimestres, arreglo necesario para la buena marcha de la Administración de la Revista, en la nueva forma de periodicidad quincenal, importante mejora que en obsequio a nuestros suscriptores hemos implantado.



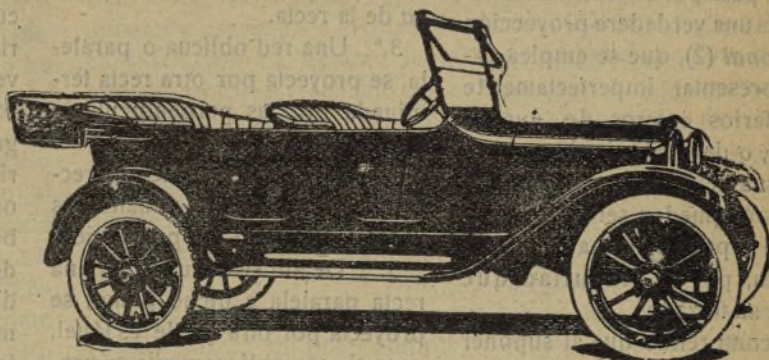
AUTOMÓVILES DODGE BROTHERS

AGENCIA
Auto - Tracción
(S. A.)

Garage

Talleres

Exposición



Martínez Campos, 49

MADRID

Teléfono J-80



Gran almacén de perfumería LA FLORIDA

De EUGENIO SARRÁ :: Ventas al por mayor y menor

Teléfono A 2231 RONDA SAN PEDRO, 7 Apartado Correos 239

BARCELONA

ASMA, BRONQUITIS CRÓNICAS

y demás enfermedades del aparato respiratorio, se combaten con las

GOTAS HELENIANAS BATLLE

(A BASE DE CLORURO DE HEROÍNA Y HELENINA AL 1 POR 100)

Adoptadas y recomendadas por los Dispensarios Antituberculosos de Bilbao, Cataluña, Zaragoza, Coruña, Oviedo, San Sebastián, etc., y empleadas en el hospital clínico facultativo de Barcelona.

De venta en todas las farmacias de España.

Depósito general: E. SARRÁ, Ronda de San Pedro, 7, LA FLORIDA

Proyección ortográfica

En la proyección *ortográfica* (1) o *alzada*, se supone al observador a una distancia infinita; descubriendo tan sólo un hemisferio, que se proyecta sobre un plano que pasa por el centro de la esfera. Es una verdadera proyección *ortogonal* (2), que se emplea para representar imperfectamente hemisferios enteros de nuestra Tierra, o de cualquier otro astro, pero sus defectos son considerables y no pueden ser compensados, al representar una superficie esférica, por la dificultad que ofrece su trazado.

Se comprende que al suponer el punto de vista a una distancia infinita, todos los rayos visuales vienen a resultar paralelos, y, por tanto, perpendiculares al plano de proyección; de suerte que, las partes laterales de la esfera se presentarán tanto más oblicuas, cuanto más se acerquen al borde, y en su consecuencia, los espacios superficiales, disminuyen del centro a la circunferencia, y en esto estriba su principal defecto.

Respecto al trazado, también resulta dificultoso, excepto cuando el plano de proyección es el del ecuador; los meridianos están entonces representados por radios de aquél y los paralelos por circunferencias concéntricas al mismo. Si se proyecta sobre un meridiano, éstos estarán representados por arcos de elipse, cuyo eje mayor es el común de la esfera, y los paralelos por rectas perpendiculares al mismo eje. Si se proyecta sobre el horizonte racional de un pueblo, los meridianos y paralelos estarán representados por arcos de elipse.

Para los lectores que no hayan estudiado Geometría Descriptiva, les manifestaré las nueve leyes

que rigen en esta proyección:

1.^a Los rayos visuales se suponen a una distancia infinita.

2.^a Una recta perpendicular al plano de proyección, se proyecta en un solo punto, que es aquél en que dicha línea corta al plano, a cuyo punto se llama *traza* de la recta.

3.^a Una red oblicua o paralela, se proyecta por otra recta terminada por las perpendiculares en sus extremos.

4.^a La proyección de una recta es la mayor posible cuando es paralela al plano de proyección.

5.^a De ahí se deduce: que una recta paralela a dicho plano, se proyecta por otra que le es igual, pero si cae oblicuamente se proyecta por otra menor.

6.^a Un plano perpendicular al de proyección, se proyecta por una recta que se llama *traza* del plano.

7.^a De aquí se desprende, que un círculo perpendicular al de proyección, y que pase por su centro, debe proyectarse por el diámetro común.

8.^a Un arco de circunferencia cuyo extremo corresponda perpendicularmente al centro del círculo de proyección, debe proyectarse por medio de una recta igual al seno de dicho arco, y su complemento, por medio del seno verso del mismo arco. (1)

9.^a Un círculo paralelo al de proyección, se proyecta por uno que le es igual, y un círculo oblicuo en forma de elipse.

La proyección ortográfica se emplea generalmente en Astro-

nomía, para representar cuerpos celestes.

A poco que se observe, se notarán los inconvenientes geográficos de esta proyección, a saber: la gran reducción de las partes laterales y la oblicuidad, siempre creciente del ángulo, bajo la cual los paralelos cortan a los meridianos. No obstante tiene la ventaja un planisferio ortográfico, que ofrece ala vista una imagen más clara de un cuerpo esférico; así, pues, los que no tengan ocasión de estudiar sobre un globo, conseguirán, tal vez, servir de un mapamundi proyectado ortográficamente, penetrando más a fondo de la esfericidad de la Tierra y de los demás cuerpos celestes.

En la proyección *estereográfica* (1), se supone a la esfera diámetro, proyectándose sobre el plano de un círculo máximo, y al del observador en el polo de dicho círculo; siendo el hemisferio representado *el opuesto* al punto de vista. En esta perspectiva ocurre lo contrario que en la ortográfica, que las partes o espacios laterales, si bien reciben rayos visuales tanto más oblicuos cuanto más cercanos al borde, en cambio, se verán mayores, disminuyendo en tamaño aparente, a medida que se acerquen al centro.

Si el plano de proyección es el ecuador (proyección polar), los meridianos estarán representados por radios, y los paralelos por círculos concéntricos. Si se proyecta sobre el plano de un meridiano (proyección ecuatorial), los meridianos se representarán por arcos de circunferencia, cuya cuerda común será el eje de la esfera, y los paralelos también por arcos de dicha curva, que tendrán sus

(1) En los textos de Trigonometría de la segunda enseñanza y de la preparación para las academias militares, no se menciona al seno verso y a su cólinea, por que no son de aplicación en la Topografía. Es la distancia del origen de un arco al pie de su seno y se obtiene su valor con las tablas, restando de la unidad el de su coseno, y así se expresa:

Sen. ver. $x = 1 - \cos. x$; y cos. ver. $x = 1 - \sin. x$.

(1) Del griego *ortos*, recto.

(2) Perpendicular.

(1) Del griego *stereos*, sólido.

tros sobre el eje prolongado. Si la proyección es horizontal, o sea sobre el horizonte racional de un pueblo, los meridianos y paralelos estarán representados por arcos de circunferencia, y el pueblo en el centro de figura.

Las leyes principales de la proyección estereográfica son seis: a saber: 1.^a Todo círculo máximo que pasa por el centro del ojo, se proyecta en línea recta.—2.^a Un círculo perpendicular al eje óptico, se proyecta por otro círculo semejante.—3.^a Un círculo al oblicuo eje óptico, se proyecta por otro círculo cuyo radio aumenta en razón a la oblicuidad.—4.^a Si un círculo máximo se proyecta en el plano de otro círculo máximo, su centro se encuentra en la línea de las medidas, esto es, en la proyección del círculo máximo que pasa por el ojo, y que es perpendicular al círculo que se ha de proyectar y al plano de proyección. El centro del círculo proyectado, distará del centro del de proyección, una cantidad igual a la tangente de su elevación sobre éste.—5.^a Un círculo menor, se proyectará por medio de otro círculo, cuyo diámetro será igual a la suma de las semitangentes de la mayor a la menor distancia al polo del círculo primitivo.—6.^a Todo ángulo curvilíneo sobre la esfera, conserva su amplitud en el rectilíneo de proyección.

Estos seis principios fundamentales, son otros tantos teoremas, que no paso a demostrar, porque se necesitan aplicación de la Geometría Descriptiva y del cálculo trigonométrico rectilíneo y esférico, que harían prolijos e interminables a estos soporíficos artículos.

M. CASTAÑOS Y MONTIJANO

UN CALENDARIO PERPETUO

Con mucha frecuencia ocurre querer saber a qué día de la semana corresponde una fecha cualquiera; nuestros lectores se habrán encontrado más de una vez en este caso, sin duda se habrán visto obligados a hacer cálculos difíciles y espuestos a errores de consideración. La utilidad de un método práctico y sencillo para resolver la cuestión en un momento resulta, por lo tanto, evidente, hasta el punto de que sería una ventaja el que los niños lo aprendiesen desde pequeños en la escuela.

Dicho método existe. A primera vista parece un poco complicado; pero basta un poco de práctica para hacerlo fácil, sobre todo si se tiene buena memoria.

El método se funda sobre la supresión, digámoslo así, del número 7; es decir, que todo número debe dividirse, a ser posible, por 7, y tomar solo el resto. Así 24 queda reducido a 3, que es el resto de dicha división; 21 pasa a ser 0; 16, 2; 40, 5, etc. Teniendo esto presente, el procedimiento consiste en sumar cuatro números que representan el siglo, el año, el mes y el día del mes, suprimiendo siempre los siete que vayan resultando en la suma.

Supongamos, por ejemplo, que los números que vamos a sumar son 0, 23, 3 y 14. El 14, por la razón antes expuesta, desaparece (14: 7=2, sin resto), y el 23 se reduce a 2. Los sumandos, por consiguiente, pasan a ser 0, 2, 3 y 0, y la suma será 5. Este número de la suma indica que la fecha en cuestión es el quinto día de la semana, o sea el jueves.

Los números que representan el siglo, el año, etc., no pueden escogerse a capricho, sino que deben someterse a las siguientes reglas, que es fácil recordar:

Los números representativos

del siglo son: el 2 para los años 1800 a 1899; el 0 para 1900 a 1999, y el 6 para 2000 a 2099. Se ha procurado que el 0 fuese el del siglo presente, porque abrevia mucho los cálculos, y no hay que decir que las fechas del siglo en que nos encontramos han de ser las que más nos interesen.

Para el año, el número se halla del modo siguiente: se dividen las dos últimas cifras del año por 7, y se toma el resto; se dividen las dos mismas cifras por 4, y se toma el cociente, despreciando fracciones; se suman el primer resto y este cociente, y la suma, después de suprimir los 7 o múltiplos de 7 que resulten, será el número buscado. Así en el año 1860, tendremos que 60 dividido entre 7 da un resto 4, y 60 dividido entre 4 da un cociente 15. Ahora, 4+15=19, y restando 14, múltiplo de 7, nos queda 5. Del mismo modo puede encontrarse que el número del año actual es 1, y el de 1940 es también 1.

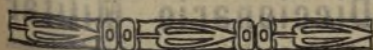
Los números de los meses hay que aprenderlos de memoria, en esta forma: Enero, 1; Febrero, 4; Marzo, 4; Abril, 0; Mayo, 2; Junio, 5; Julio, 0; Agosto, 3; Septiembre, 6; Octubre, 1; Noviembre, 4; Diciembre, 6.

En cuanto al número del día, es el suyo propio, restando cualquier múltiplo de 7 que pueda haber en él. El 3, por ejemplo, será 3; el 25, será 4; el 30, será 2; y el 14 será 0.

Veamos algunos ejemplos de la aplicación de estas reglas. Supondremos en primer lugar que se trata de saber en qué día de la semana cayó San José hace dos años, o sea el 19 de Marzo de 1905:

El número del siglo es.....	0
El número del año es.....	6
El número del mes es.....	4
El número del día, restando el múltiplo de 7, es.....	5
TOTAL.....	15

Suprimase de este total el múl-



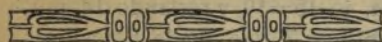
tiplo de 7, y quedará 1. El día que se busca fué, por lo tanto, el primero de la semana, o sea domingo.

Otro ejemplo. Se desea saber en qué día cayó el 14 de Abril de 1860:

El número del siglo es.....	2
El número del año es.....	5
El número del mes es.....	0
El número del día, restando el múltiplo de 7, es.....	0
TOTAL.....	7

La fecha en cuestión cayó, por consiguiente en sábado.

Hay que tener presente, para evitar errores, que en los años bisestos varían un poco los números de los dos primeros meses. El de Enero es 0, y el de Febrero 3. Los demás no experimentan alteración ninguna.



LA SUERTE DE LAS BATALLAS

Si hemos de dar crédito a la Historia, el gran Napoleón debió algunas derrotas a causas verdaderamente insignificantes. En una ocasión, una pierna de carnero le proporcionó un serio disgusto.

Todo el mundo sabe que Napoleón comía muy bien. No es que fuese un Heliogábalo ni un Gargantúa, pero siempre tenía buen apetito y procuraba saciarlo del mejor modo posible; que al fin y al cabo el talento militar no está reñido con el estómago. Pero es el caso que en 1813, la víspera de la batalla de Leipzig, el emperador comió una pierna de carnero, tan sustanciosa y sazónada con especias de todas clases, que por la noche le produjo un cólico, no muy grave, pero suficiente para impedirle arreglar los movimientos del ejército, lo cual le ocasionó

una derrota de cierta importancia.

En la misma campaña, un guiso de cordero sumamente cargado de ajo causó a Napoleón una indigestión tan fuerte, que el Capitán del siglo tuvo que volverse a Dresde para reponerse.

Nelson ganó la gran victoria del Nilo por un alfilerazo; véase cómo sucedió la cosa.

Sir John Acton, entonces jefe superior del ejército inglés de mar y tierra en Nápoles, estaba por casualidad en el gabinete de su esposa mientras ésta se estaba arreglando para asistir a una cena. Una doncella francesa se hallaba vistiéndola, cuando vinieron a traerla una carta de su hermano, marinero de la escuadra francesa, a quien ella creía muerto.

La impresión que la pobre doncella experimentó fué tan grande, que sin querer pinchó a su señora con un alfiler que tenía en la mano. Excusándose por su torpeza, explicó la causa de su emoción, y entonces Sir John se ofreció a leerle la carta mientras ella continuaba arreglando a la señora.

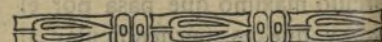
Al leer la carta, el general encontró algunos detalles acerca de la situación de los franceses, e inmediatamente corrió a encontrar a Nelson, que los había buscado en vano. El almirante salió al punto con la escuadra, alcanzó al enemigo, y la batalla del Nilo fué un triunfo para los ingleses, triunfo debido al pinchazo de un alfiler.

Es dudoso que los agentes atmosféricos puedan influir de una manera sensible en los resultados de una batalla moderna, pero es un hecho que en tiempos pasados sucedía esto con mucha frecuencia; un cha-

parrón inoportuno, una tormenta imprevista, han sido causa, más de una vez, de una derrota que nadie podía esperar.

Dos casos muy conocidos son la destrucción de nuestra Armada Invencible y la derrota definitiva de Napoleón en Waterlloo. En ésta, es discutible si la lluvia de la noche anterior fué la verdadera causa de la catástrofe; mas en la primera, es evidente que la furiosa galerna hizo todo lo que los ingleses solos no hubieran podido hacer.

La conquista de Inglaterra por los normandos estuvo a punto de fallar por una violenta tormenta, que dispersó las naves del invasor y los arrojó de nuevo a Francia.



El Zar y el Coronel

El padre de Nicolás II de Rusia quería mucho al coronel Galatzin, de la Guardia Imperial.

Una noche, sin embargo, vió el Zar que el coronel salía del Casino algo trastornado por los brindis.

Irritadísimo, se acerca al coronel y le dice:

—¡Vamos a ver! Si tu fueras el Zar y yo Galatzin, ¿qué harías si encontraras a un coronel de tu Guardia tan borracho como lo estás tú? Responde, con la mano puesta en el pecho...

El coronel se cuadró, saludó militarmente y contestó:

—Señor, yo no me dignaría dirigirle la palabra.

De gran utilidad le será a V. el

Diccionario Militar

LA VIDA EN RUSIA

Según comunicó el delegado bolchevique Preobrazensky a John Maynard Keynes, la circulación fiduciaria de la Rusia soviética ascendió a principios de Abril a 75 billones, y el rublo papel representaba en efectivo dos millones de veces menos que su valor nominal. Parece también que el déficit del presupuesto, calculado en 230 millones de rublos oro, ascenderá en realidad a 500 millones, que, al cambio actual, resultarían 1.000 billones.

Los precios están en proporción con la depreciación absoluta del rublo soviético. Una caja de cerillas cuesta 25.000 rublos; un viaje en tranvía, 140.000; una carta certificada lleva sellos por valor de 400.000 rublos; un panecillo vale 120.000 rublos y un litro de leche, 1.200.000.

El sueldo mensual de un empleado de Estado es de 60 a 80 millones de rublos; es decir, una suma suficiente para adquirir todos los días dos litros de leche o siete u ocho panecillos. Para no morir de hambre, los empleados bolcheviques—si no tienen ocasión para dejarse sobornar—efectúan trabajos suplementarios, ganando de este modo de 30 a 40 millones mensuales. Si se contentan con el almuerzo que les da el Estado por 140.000 rublos, pueden mal vivir con su sueldo; pero si tienen el estómago algo delicado, es menester que recurran a medidas extraordinarias, puesto que en los *restaurants* el *menú* más sencillo cuesta cuatro millones de rublos.

Para poder evitar la emisión de un montón de nuevos billetes de Banco, el Gobierno soviético tiene la intención de emitir un empréstito interior de 38 billones (38 millones de millones), que se restituirán en el breve plazo de seis meses. Como dentro de seis meses el valor del rublo papel puede resultar la mitad o aun la décima parte de su valor actual, nadie se suscribiría al empréstito si estuviese garantizado por billetes de Banco. Para que el empréstito interior tenga buen éxito, el Gobierno lo garantiza por diez millones de *puds* de centeno, ya que al precio actual un *pud* (=16,38 kilos) de centeno es de 3.800.000 rublos.

Por consiguiente los que suscriben al empréstito se aseguran de antemano al precio actual cierta cantidad de centeno, que cobrarán entre el 1.º de Diciembre de este año y el 31 de Enero de 1923. El riesgo consiste únicamente en la posibilidad de que en la fecha indicada el Gobierno de Moscú no disponga de diezmillones de *puds* de centeno.

INTERESANTE

Para ordenar y hacer posible la contestación de las consultas, en adelante nuestros suscriptores deberán remitirnos cada pregunta en el correspondiente boletín que publica ARMAS Y LETRAS.

Cada boletín servirá para una sola pregunta. Las consultas que no vengan escritas en el boletín se considerarán nulas. Los que deseen recibir la contestación directamente por carta deberán enviar con su consulta un sello de 0,20 pesetas. Rogamos a nuestros suscriptores se atenga detalladamente a estas instrucciones:

ARMAS Y LETRAS

SECCION DE CONSULTAS

Apellidos
Nombre
Empleo Cuerpo
CONSULTA (1)

(1) Haced la pregunta clara y concisa.

SERNA

COMPRO, VENDO

Alhajas,
Papeletas del Monte,
Oro, Plata,
Relojes de buenas marcas,
Antigüedades,
Pianos, Autopianos,
Escopetas,
Máquinas fotográficas,
Gramófonos,
Máquinas de escribir,
Prismáticos
y cualquier objeto de valor.

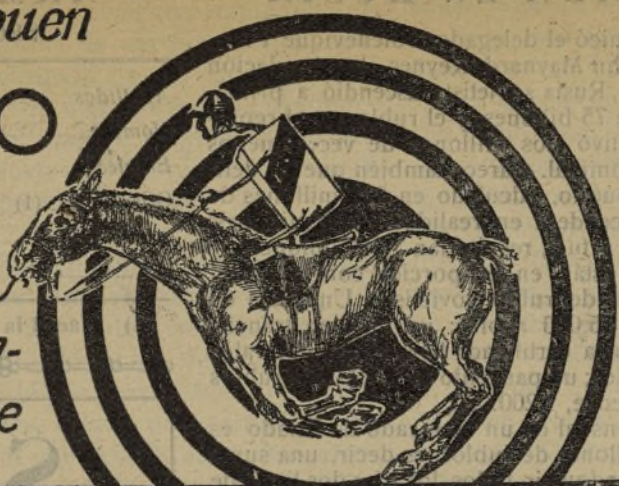
HORTALEZA, 9

TELEFONO 53-51

ARTÍCULOS DE OCASIÓN

un buen jipete
hace un buen
Caballo

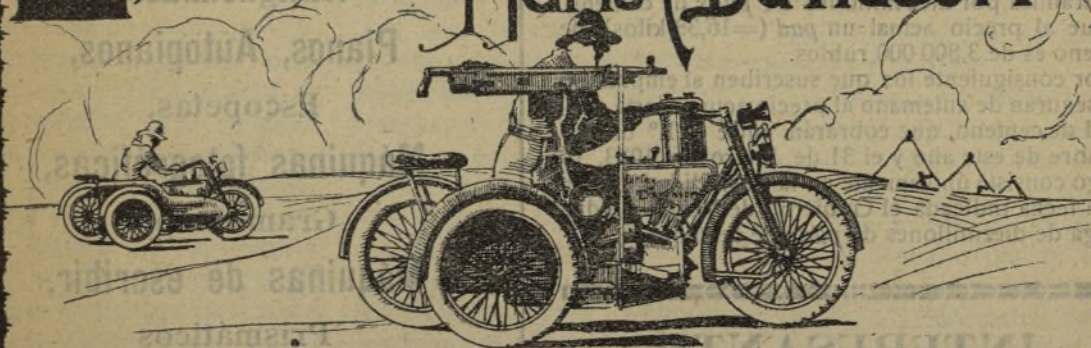
*Si deseais
 que vuestras
 cuadras ga-
 nen siempre
 emplead*



**Resolutivo Rojo Mata
 Cicatrizante Velox
 Anticólico F. Mata**



LA MOTOCICLETA MILITAR
 es la **Harley-Davidson**



EXPOSICION Y VENTA
J. A. DE LANDALUCE
 MARQUES del RISICAL - 7 - Madrid

ARMAS Y LETRAS

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

ARTES · CIENCIAS · INVENTOS · VIAJES ·
DEPORTES · LITERATURA · PASATIEMPOS ·
CURIOSIDADES · VULGARIZACIONES CIENTÍFICAS

DIRECTOR-PROPIETARIO: VICENTE VALERO DE BERNABÉ

OFICINAS:

CALLE MAYOR, NÚM. 86
APARTADO DE CORREOS 886

AÑO III NÚM. 38

15 AGOSTO 1922

Precios de suscripción

Trimestre... 3,75 ptas.

Semestre... 7,50 "

Año..... 15,00 "

EXTRANJERO

Semestre... 12 00 ptas.

Administrador: JOSÉ VALERO DE BERNABÉ

SUMARIO

Páginas maestras.—El corazón que acusa.

Cuentos.—Memorias de un pedazo de plomo.

Actualidades.—El general Burguete, Alto Comisario.

De la Conferencia de Génova.—Notas curiosas

Automovilismo.—Una nueva forma de coches.

Aviación.—Un viaje de noche.

De tiempos pasados.—La ciudad de los Césares.

Páginas de arte.—La rendición de Gerona.

Con motivo de un presente de la Argentina.—La lanza, arma del
iniete.

Andante española, por el teniente coronel García Pérez.

Leyendas.—La Alcazaba roja.

Curiosidades del mundo animal.—La autotomía como sistema
de defensa.

Poesías.—A España.

Novelas.—Lazarillo español

Variedades, actualidades, entretenimientos, anécdotas y curiosidades.

A ESPAÑA

Tu lloras, patria mía;
gemidos de dolor lanza tu pecho
y ansiosa buscas en tus buenos hijos,
para tus hondos males el remedio.

Escuchas, con tristeza,
de terrible combate el recio estruendo,
y a tus caudillos ves caer vencidos
en tí tan solo el pensamiento puesto.

En torno a tu hidalguía,
el odio y la traición fuéronse uniendo
y allí donde cariño prodigabas,
allí donde tus brazos ofrecieron
un amor puro y noble
llevando vida nueva a infieles pueblos,
sentiste del puñal, la hoja acerada
rasgar tu carne, el corazón partiendo.

Tan grande fué la herida,
que otra distinta a tí ya hubiese muerto
al perder los más bravos campeones
y empapar con su sangre el moro suelo.

Pero tú, recordando
tu valor indomable de otros tiempos;
que tuviste a tus plantas humilladas
del mundo las coronas y los cetros,
a la muerte venciste
y haciendo sobre tí supremo esfuerzo,
no caíste por fin; aún te sostienes;
aun cuando de tus lágrimas el fuego
abrase tus mejillas
y se doble tu cuerpo bajo el peso
del infortunio que tu frente azota
cual vendabal terrible y violento.

* * *

No llores, patria amada,
y vuelve en torno tu mirar sereno
y verás como aún tienes bravos hijos,
con brazos, pecho y voluntad de hierro.

Ellos miran los campos,
donde oyen de dolor muy tristes ecos
y el corazón ardiendo de entusiasmo
y acariciando el refulgente acero,

han de buscar ansiosos
al traidor, con la muerte respondiendo;
y han de hacer ríos con la sangre mora;
y torres han de hacer de aquellos cuerpos.

¡Venganza!... gime el mar de nuestras playas
y ¡Venganza!... en los montes dice el eco...
Todos los españoles
recogen esa voz de furia llenos
y todos como un hombre si es preciso
para que vivas tú morirán ellos.

En estos negros días
en que España derrama amargo llanto;
en que corre su sangre generosa
por los agrestes campos africanos;
en que el aire es lamento
que nuestro corazón va destrozando
y nubes de huracán, fuego de incendio
cual maldición detiene nuestro paso.

Unámonos sus hijos
con un grandioso y fraternal abrazo
y corramos allá donde doliente
lanzan su voz aún nuestros hermanos.

Que en los montes rifeños
alumbre el sol el pabellón hispano;
y en la rauda corriente de los ríos
y en los valles y bosques y barrancos
suenen gritos de triunfo
de los hijos del Cid y de Pelayo;
y quede nuestro honor puro y sin mancha
y aquel que lo ultrajó muera humillado.

La vida por la patria
es el lema que todos ostentamos;
en nosotros espera confiada
y una dulce sonrisa abre sus labios.

Marchemos en su ayuda
e iremos así al mundo demostrando,
que de España, los hijos predilectos,
antes mueren que verse deshonrados.

CARLOS JIMÉNEZ ALBALADEJO

EL CORAZÓN QUE ACUSA, por EDGARDO POE

Créanme ustedes: yo soy excesivamente nervioso, pero nada más. ¿Por qué se empeñan en crearme loco? Esta nerviosidad ha afinado mis sentidos hasta el punto de que el oído ha adquirido en mí una potencia extraordinaria. He oído todas las cosas de la tierra y no pocas del infierno. ¿Cómo, pues, he de estar loco? Adviertan ustedes si no la calma con que cuento mi historia.

No es posible explicar cómo me acudió aquella idea, que no dejó de perseguirme día y noche.

Ni guiábala la pasión, ni ninguna interesada finalidad; pero la obsesión era constante y absoluta.

En realidad, yo quería al pobre viejo; no me había hecho daño alguno, ni yo codiciaba su oro. Pero, ¡si... eso es! Uno de sus ojos era el de un buitre. Un ojo azulado, mortecino, y con una catarata.

Siempre que aquel ojo se fijaba en mí, la sangre se me helaba. Y así fué como lentamente me dominó la idea de matar al viejo para librarme de aquel ojo maldito.

Esto había de ser. Me creen loco, pero los locos no saben nada de nada, y ¡si me hubieráis visto! ¡Con cuánta sagacidad me conduje! ¡Qué previsión y cuánto disimulo desarrollé en mi empresa!

Nunca estuve tan amable con el viejo como durante la semana que procedió al asesinato.

Todas las noches, a las doce, descorría quedamente el pestillo de la puerta de comunicación.

Cuando la había entreabierto lo suficiente para que cupiese mi cabeza, introducía una linterna sorda, bien cerrada, sin que asomase un solo rayo de luz.

Después metía la cabeza. ¡Oh! ¡Cómo os hubiera admirado lo diestramente que lo hacía! Avanzábala poco a poco, deteniéndome a cada instante para no turbar el sueño del viejo. Una hora empleaba, cuando menos, en esta operación, hasta ver al viejo que dormía en su cama. ¿Habría obrado un loco con tanta prudencia?

Entonces abría lentamente la linterna, con toda precaución, y me irritaba cuando un torpe movimiento hacía rechinar el gozne.

Abría lo preciso no más, para que un imperceptible rayo de luz cayese sobre el ojo de buitre.

Y así, durante siete interminables noches, exactamente a las doce, y como siempre viese el ojo cerrado, no pude realizar mi propósito, porque no

era el viejo mi pesadilla, sino su maldito ojo.

Todas las mañanas, apenas amanecía, entraba yo resueltamente en su cuarto y le hablaba como si tal cosa, llamándole cordialmente, e informándole de



cómo había dormido. Muy listo había de ser el viejo para sospechar que todas las noches, a las doce, espiaba yo su sueño.

La octava noche aumenté las precauciones para abrir la puerta. La ruedecilla de un reloj anda con menos velocidad que en aquel momento temblaba mi mano. En realidad, hasta aquella noche, no me

había dado yo cuenta del poder de mis facultades, ni de mi inmensa sagacidad.

Apenas podía contener la emoción que me causaba el triunfo. ¡Yo allí, abriendo quedamente la puerta, mientras que él dormía tranquilo, bien ajeno de mis intenciones! Esta idea me arrancó un



suspiro que él debió oír, porque se removió súbitamente en la cama, como si despertase.

¿Creéis que me retiré? Bien al contrario; permanecí clavado en mi sitio. La habitación se hallaba completamente a oscuras, las ventanas estaban cerradas por miedo a los ladrones. Densas tinieblas lo invadían todo y no había que temer que viese la puerta abierta.

Seguí abriéndola más y más.

Ya había metido la cabeza y comenzaba a abrir la linterna, cuando mi pulgar resbaló sobre el cierre de hoja de lata.

El viejo se incorporó en la cama, gritando.

—¿Quién anda ahí?

Me quedé inmóvil y sin articular ni una sola palabra. Durante una hora no moví un solo músculo. El viejo no se había echado en la almohada y permanecía alerta, incorporado, lo mismo que yo había hecho noches enteras, escuchando las arañas que resbalaban por la pared.

Transcurrido aquel tiempo, oí un débil gemido: no era un grito de dolor, sino el sordo y profundo sobresalto de un terror mortal. El ahogado gemido de un alma sobrecogida de espanto.

Yo conocía bien estos gemidos. Muchas noches, cuando todo el mundo dormía, se habían escapado de mi pecho, aumentando con su terrible eco los terrores que me asaltaban.

Ya sabía lo que el viejo estaba pasando y tenía piedad de él, aunque mi corazón estaba satisfecho.

Sabía que estaba despierto desde que al oír el ruido se había incorporado en la cama. Su miedo había aumentado por momentos; había intentado convencerse de que su terror no tenía ningún motivo, pero no había logrado tranquilizarse.

Indudablemente, se había dicho: Esto no es más que el viento que suena en la chimenea; acaso un ratón que corre por el entarimado. Si; había querido recobrar el valor con estas hipótesis, pero en vano, *en vano*, porque la muerte que se acercaba había pasado por delante de él envolviendo con su sombra negra a su víctima.

Aquella fúnebre sombra era la que le hacía adivinar, aunque nada había visto la presencia de mi cabeza en su cuarto.

Después de esperar largo tiempo, me decidí a entreabrir la linterna, tan poco a poco, que no podía ser menos. Abríla tan suavemente, que fuera imposible imaginarlo, hasta que al fin, un solo rayo de luz, pálido y débil como un hilo de araña, se filtró por la oscuridad y fué a dar en el ojo del buitre.

Estaba abierto, abierto del todo. Apenas lo miré, me encendí de colera. Lo ví clara y distintamente todo entero, de un azul empañado, levantada la horrible tela que lo cubría y que me heló hasta la médula de los huesos.

No pude ver ni la cara ni el cuerpo del viejo, porque, como por instinto, había dirigido el rayo de luz precisamente al sitio maldito.

Ya he dicho que se toma en mí por locura, lo que sólo es un exagerado refinamiento de los sentidos. Pues bien, en aquel momento oí un ruido sordo, acompasado, como el de un reloj que estuviera envuelto bajo unos paños. Le reconocí perfectamente; eran los latidos de su corazón. Esto acrecentó mi furor como el soldado se exaspera al oír el redoble de los tambores.

No obstante, aún me pude contener y permanecí inmóvil, respirando apenas. Puse toda mi voluntad en mantener fija la linterna, siempre apuntando el rayo de luz al maldito ojo.

El corazón del viejo latía cada vez más fuerte, con más precipitación. Su terror debía ser extremo.

Ya os he dicho que soy muy nervioso. Pues bien, aquellos violentos latidos que sonaban en medio de la noche, me produjeron un irresistible horror. Seguí conteniendo algunos minutos más; pero los latidos iban siendo más fuertes, cada vez más fuertes.

Creí que el corazón iba a reventar, y se apoderó de mí una nueva angustia. Aquel ruido podía oírlo algún vecino. La hora del viejo había sonado. Dí un terrible alarido, abrí bruscamente la linterna, y me precipité en la habitación.

El viejo no dió un grito, ni un solo grito. En un instante lo arrojé sobre la tarima y cargué sobre él todo el peso de la cama. Sólo entonces sonreí, al ver tan adelantada mi obra. Durante algunos minutos latió todavía el corazón con un sonido ahogado; pero esto ya no me atormentaba, pues no podía oírse a través del muro.

Al fin, el ruido cesó; el viejo había muerto. Separé la cama y hallé un cuerpo rígido, inerte. Puse la mano sobre su corazón y la tuve allí durante muchos minutos. Ni un latido. El ojo maldito no podía atormentarme más.

Si insistís en creerme loco, vuestra creencia se desvanecerá cuando os diga el medio que empleé para ocultar el cadáver. La noche avanzaba, y yo comencé a trabajar rápidamente, en silencio. Corté la cabeza, los brazos, las piernas y arranqué tres tablas del entarimado para esconder allí aquellos restos. Volví a colocar las tablas de suerte que ningún ojo humano ¡ni aun el suyo! hubiera podido descubrir nada. No había rastro alguno, ni una sola mancha de sangre en el suelo.

Había tenido la precaución de colocar una cubeta para que recibiese toda la sangre... ¡Ah!, ¡ah!

Eran las cuatro cuando terminé; pero estaba tan oscuro como a media noche. El reloj daba la hora, cuando oí que llamaban en la puerta de la calle.

Bajé muy tranquilamente y abrí. ¿Qué podía yo temer? Entraron tres hombres anunciándome que eran agentes de policía. Un vecino había oído un grito, y temiéndose alguna desgracia, había corrido a la comisaría, de donde enviaban aquellos agentes.

Me sonreí; porque ¿qué tenía que temer? Saludé a los agentes y les expliqué que el grito lo había dado yo en sueños. En cuanto al viejo, les dije que estaba de viaje.

Los llevé por toda la casa, invitándoles a que registrasen bien. Por último, los llevé a la habitación del viejo y les mostré sus tesoros en perfecto orden.

Mi confianza llegó hasta llevar sillas y suplicar a los agentes que descansasen, mientras que yo, con la loca audacia de un triunfo completo, me sentaba sobre el mismo sitio en que se hallaba oculto el cuerpo de mi víctima.

Los agentes estaban satisfechos; mi tranquilidad había disipado toda sospecha. Sentáronse y hablaron confiadamente, alternando yo con la misma cordialidad.

De pronto advertí que palidecía y comencé a desear que se fueran. Me dolía la cabeza y me zumbaban los oídos. Los agentes permanecían sentados y hablando.

El zumbido que me atormentaba, tenue en un principio, iba aumentando poco a poco, y yo comencé a hablar cuanto pude a fin de aturdirme y borrar aquella tenaz sensación. El zumbido llegó a ser tan claro y tan determinado, que advertí que no era en mis oídos.

Entonces debí ponerme muy pálido; pero seguí hablando más y más y a grandes voces.

No obstante, el miedo iba en aumento; ¿qué podía yo hacer? Era un ruido sordo, acompasado, frecuente, como el de un reloj envuelto en unos paños.

Respiraba fatigosamente. Los agentes no habían oído nada todavía. Hablé con mayor vehemencia; pero el ruido crecía sin cesar.

Me incorporé y discutí a gritos, gesticulando violentamente. El ruido crecía, crecía cada vez más.

¿Por qué *no querían* marcharse? Yo me día a grandes zancadas el suelo, procurando armar el mayor estrépito, como exasperado por las observaciones que me hacían los agentes; pero el ruido aumentaba por grados. ¡Oh, Dios! ¿Qué podía yo hacer? Rabié, pateé, arrastré mi silla haciéndola resonar sobre el pavimento; pero el ruido lo dominaba todo y crecía indefinidamente.

¡Más fuerte, más fuerte, y siempre más fuerte! Aquellos hombres seguían la conversación, bromeando, sonriendo.

¿Era posible que no oyeran? ¡Dios poderoso! ¡No, no! ¡Ellos lo oían! ¡Se burlaban de mi espanto! Así lo creí entonces y todavía lo creo.

Cualquier cosa hubiera sido más tolerable que esta burla. No podía soportar por más tiempo aquellas *frías sonrisas*, y mientras tanto, el ruido ¿lo oís?, escuchad, ¡más alto!; ¡más alto!; ¡siempre más alto!; ¡siempre más alto!

—¡Miserable—grité— ¡No disimuléis por más tiempo! ¡Confieso! ¡Arrancad esas tablas! ¡Ah! está! ¡Ese es el horrible latir de su corazón!

MEMORIAS DE UN PEDAZO DE PLOMO

I

Fuí engendrado en las entrañas de la tierra de donde la avaricia de los hombres me sacó a la luz del día.

Entonces era yo una piedra irregular con mucho barro, poco oro y alguna plata.

Era la plata mi esposa, a quien entre mis brazos poseía hasta confundirla conmigo mismo; el oro circulaba humilde por nuestras venas, y el barro



era el lecho en el cual, inmóviles y extáticos, gozábamos tranquilos y silenciosos placeres.

El día en que nos arrancaron del lugar escondido en que yacíamos, la luz del sol me mostró a los hombres brillante y esplendoroso.

Ninguno de cuantos nos miraba pudo distinguir el oro ni descubrir la plata.

Yo los eclipsaba a ambos.

¡Era yo el más hermoso de los tres!

II

De mi país natal pasé, tras un corto viaje, a las

manos de un caballero a quien otros de menor edad llamaban el doctor Vera.

El doctor, al tomarme entre sus dedos, dijo a los que le acompañaban:

—Este pedrusco que hoy he recibido es procedente de una mina de Almadén recientemente descubierta y cuyo propietario me lo remite al objeto de que examine las cantidades proporcionales que contiene de oro, plata y plomo.

Me estremecí presintiendo una desgracia.

El doctor Vera continuó:

—Deseo que asistan Vds. a este análisis tan sencillo como curioso. Dentro de breves instantes habremos dividido este mineral en tres porciones distintas: una de tierra, otra de oro y plata, y una tercera de plomo.

La dolorosa impresión que estas palabras produjeron en todo mi ser, me desprendió de la mano del doctor Vera y caí al suelo desvanecido.

Pocos momentos después, cuidadosamente metido en una vasija herméticamente tapada y rodeado todo mi cuerpo de no sé qué sales o drogas, me introdujeron en un horno.

Allí comenzó mi martirio.

El calor y las drogas, con una crueldad de que sólo los hombres son capaces, me convirtieron en líquido, se precipitaron sobre mí y, sin que mi violento furor pudiera impedirlo, me arrebataron de mis brazos a mi querida esposa la plata, para entregársela a mi rival el oro.

Después de una larga resistencia caí sin fuerza en el fondo de la vasija.

¡Desde entonces odio al oro y a los hombres con todo mi peso!

—La operación está terminada,—dijo el doctor,—ya podemos apreciar los resultados.

Pronunciadas estas palabras, el despiadado sabio separó cuidadosamente el barro que nos envolvía alejarse de mi lado, estrechamente abrazados, oro y la plata; y por fin, apoderándose de mí, dijo arrojándome a un rincón con el más soberano desprecio:

—Esto es plomo.

¡Ah!, aquel doctor inicuo me había separado de ser para mí más querido en la vida, se lo entregaba a otro, me alejaba de ellos tal vez para siempre y todavía me insultaba!

¡Jamás plomo alguno aborreció con más intensidad que yo!

¡La ira me ahogaba!

Juré vengarme.

III

Lo primero era recobrar a mi esposa; arrancarla de los brazos de su amante.

Mi rival era oro y yo plomo: a esta desigualdad de clases era debida sin duda alguna la causa de mi abandono.

La plata es vanidosa y prefiere al oro, que jamás tuvo corazón, a cualquier alma de plomo por buena y amante que ésta sea.

Era, pues, necesario ser oro a toda costa.

La casualidad vino en mi ayuda.

Un hombre que servía al doctor Vera se apoderó de mí y me llevó a su casa en donde con palabras de fuego me ablandó, selló y doró hasta convertirme en una moneda de cinco duros, por lo que pasé, entre otras muchas, un día que mi providencia tuvo que cobrar no recuerdo qué honorarios del doctor.

¡Había realizado mis ambiciones!

¡Oh fortuna increíble! ¡Era oro!

IV

Caf en un cestillo de palma, entre una peseta y una moneda de dos duros.

El golpe seco de la madera y el chirriar del hierro me indicaron que había sido encerrado en el fondo de un cajón.

Apenas se hubo restablecido el silencio, la moneda de dos duros me dijo:

—Si V. me hiciera el favor...

En el sentido conocí a mi rival; mis entrañas de plomo se conmovieron; volví la cabeza quiero decir, el busto hacia la peseta y me hallé frente a frente de mi perdida esposa.

Y se arrojó en mis brazos.

—Ya le había yo conocido en el metal de la voz, —murmuró la moneda de dos duros con cierta sorna.

—Sí, yo soy, —dije entonces encarándome con mi rival: —ahora arreglaremos nuestras cuentas, caballero.

—Yo no tengo cuentas que arreglar con plomos de más o menos.

—Valgo quince pesetas más que V. caballero.

—Esto es falso.

—Lo veremos.

Ya iba yo a arrojarme sobre mi rival cuando se apoderaron de mí dos dedos y oí la voz del doctor Vera que decía:

—Tomás, vaya V. a pagar la carga de leña que trajeron esta mañana.

Al caer produjo un sonido seco. Era la segunda vez que el doctor me separaba de los míos.

—Esta moneda es falsa, —exclamó el muchacho. El doctor Vera volvió a tomarme entre sus dedos examinándome con atención.

—Efectivamente, es falsa.

Y cogiendo un grueso martillo me golpeó con toda la fuerza de su brazo.

Quedé convertido en una bola.

El doctor y yo estábamos ciegos de cólera.

¡Ah! ¡si yo hubiese podido devolverle los martillazos!

Por fin me arrojó al suelo.

Si hubiera comprendido el lenguaje del plomo habría oído que al caer dije sordamente.

—¡Tú me las pagarás!

Aquella misma noche Tomás me recogió del suelo y me guardó en su bolsillo.

V

Del bolsillo de Tomás, pasé mediante cinco céntimos, a la tienda de un armero: éste hizo conmigo lo que con otros muchos pedazos de plomo: me



convirtió en bala, y me colocó, bien empaquetado, en su escaparate.

Allí dormí durante mucho tiempo, proyectando mi venganza contra el doctor Vera.

VI

Una mañana me llevaron fuera de la ciudad.

Por lo que oí que hablaban mis conductores, colegí que se trataba de un duelo.

No bien llegamos al sitio convenido de antemano, me desempaquetaron y ví que me encontraba en un grupo de personas.

No lejos de nosotros había otras dos colocadas frente a frente.

—¿Han contado Vds. los pasos?

—Sí, señor; quince justos, ni más ni menos.

—Pondremos poca pólvora con objeto de que las balas lleven poca velocidad.

—La cosa no es para que se mate ninguno de ellos.

—Lo que sobra en el mundo son mujeres.

—Sí; pero ese diablo de doctor Vera tiene mucho amor propio, y basta que le disputen una cosa para que él se aferre más y más en poseerla.

¡Figuráos la alegría y el temor que produjeron en mí estas palabras!

Alegría, porque se me presentaba la ocasión de vengarme de quien era la causa de todas mis desdichas; y temor, porque lo tenía de que recayese en cualquier otra bala de elección, en cuyo caso no podría realizar mis vengativos propósitos.

Efectivamente; otra bala mereció tan singular fortuna.

—¡Hermana!—la dije con voz sorda.

—¿Qué me quieres?

—Que lo mates.

—No te lo prometo, porque el fuego de la pólvora hace demasiadas cosquillas, y la velocidad del disparo no da tiempo de fijarse.

—Pon de tu parte lo que puedas: te lo exijo en nombre de la clase.

—Lo que yo deseo es terminar pronto y tumbarme al sol por los siglos de los siglos.

Se hicieron los disparos; miré y ví que los dos adversarios seguían en pie uno enfrente del otro.

La misma recomendación que a la primera hice a otras dos balas.

Al cabo, ¡oh dicha!, llegó mi turno.

¡Qué ansiedad!

¡Iría a las manos del doctor o a las de su amigo?

Entré en el cañón de la pistola.

¡Cuántas emociones!

Pasé de una mano a otra.

¿En poder de quién estaba?

No oí ni una palabra, ni una sílaba, ni un suspiro.

La incertidumbre me tenía desasosegado.

Sonó la señal: iba a salir del cañón y todavía no sabía contra quién me dirigía.

Era preciso proceder con calma; andarse con pie de plomo.

Se oyó el disparo.

Fué cosa de un segundo.

Me asomé a la boca del cañón de la pistola, ciega por el humo y el fuego; llegué a la mitad del camino sin saber todavía lo que deseaba.

¿Cómo le ví?

No sé; fué más bien un presentimiento. Pero, si era una cabeza o real, yo ví la cabeza del doctor Vera, y, loco de placer y sediento de venganza, me dirigí hacia ella con la velocidad del rayo, y, abriéndome paso por la sien izquierda llegué hasta los sesos donde me revolqué a mis anchas.

El alma del doctor acudió a la cabeza, y, encarándose conmigo, exclamó:

—¿Por qué ese ensañamiento? ¿Qué te he hecho yo? ¿Eres plomo u hombre?

—De tí aprendí a ser cruel, que nadie mejor que el hombre es maestro en miserables pasiones. Soy el plomo de Almadén, a quien un día robaste el amor arrojándome con desprecio de tu lado. Soy el mismo pedazo de plomo a quien otra vez golpeaste duramente, arrebatando a mi vanidad y amor propio un valor que debí al ingenio y a la fortuna, ya que no a mis propios méritos. ¿Qué te hice para que así me trataras? ¿Crees que hay algo de precioso en la vida? Lo que el orgullo de los hombres desdeña se vuelve contra ellos y mata. ¡Yo soy tu obra!

—¡Miserable!—dijo entonces el espíritu del doctor abriendo las alas,—tu odio me ha robado el cuerpo, es cierto; pero, mira, me has devuelto la libertad. Contra mí eres impotente.

Agitó las alas y desapareció en el cielo.

Desde aquel día, yo, pobre pedazo de plomo de Almadén, habito olvidado dentro del cráneo del doctor en el fondo de una tumba, pensando tristemente en un pedacito de plata que para los hombres vale una peseta y por el cual daría yo todo oro del mundo.

EL GENERAL BURGUETE, ALTO COMISARIO



El general de división D. Ricardo Burguete, nuevo alto Comisario de España en Marruecos, de cuyos dotes extraordinarios, juntos a su especial comprensión del problema marroquí, se esperan indudables éxitos.

es el hombre del día, el general que atrae las miradas de España entera, que se confía a su talento para que quede resuelto el embrollado problema marroquí. Nosotros conocemos al general y no dudamos que su genio, que tantas veces fué creador de obras maestras, sabrá crear ahora el *sistema* que tanta falta hace.

De Burguete guerrero no necesitamos recordar la historia, que bien conocida es de todos. Posee la Cruz de San Fernando, cuyos laureles ha sabido renovar en cuantas ocasiones se le han presentado; es inventor de una táctica nueva y fué además introductor en la guerra del Rif de las granadas de mano, antes de que hubieran pensado en ellas como elemento esencial de combate los ejércitos de la gran guerra,

NOTAS DE LA CONFERENCIA DE GÉNOVA

Después de la guerra que ha ensangrentado al mundo, se han iniciado una serie de conferencias en las que representantes de las potencias beligerantes, junto con los de las neutrales tratan de arreglar, —mirando cada uno su particular provecho— el mapa del mundo futuro.

Noias interesantes de esas conferencias, que servirán de documentos para la historia son las fotografías que en esta plana publicamos; en ellas se ve, como al mismo tiempo, que el primer ministro inglés se entretiene en agradables coloquios con el representante de Francia, los delegados rusos y alemanes inician una armonía tan estrecha que culmina en un tratado de alianza que ha despertado especial temor en las cancillerías aliadas.

Alemania trabaja en tanto en la obra de su reorganización mientras el Kaiser, su antiguo soberano, paladea las hieles del destierro que han encanecido su cabeza.

A este respecto, son interesantes las manifestaciones que Guillermo II hizo recientemente al barón Clemente y que han sido reproducidas por el «New York Times».

Según ellos, Guillermo II no se hace ilusiones respecto a su restauración en el Trono. «La Mo-



... mientras el canciller alemán Dr. Wirth sostiene coloquio tan placentero y cordial con Mr. Chitcherín, el delegado bolchevique, que de él ha salido una inteligencia ruso-germana que ha caído como una bomba en las cancillerías aliadas.



Las actitudes de los representantes de las potencias en la Conferencia de Génova pueden constituir documentos interesantes para el estudio de futuras aptitudes. Vese, en efecto, como el primer ministro inglés monsieur Lloyd George, sostiene animada y amigable conversación con Mr. Barthón, delegado de Francia...

narquía—dijo—será restaurada en Alemania. No sabré decir cómo ni cuando; pero lo que sí sé es que yo no volveré jamás.»

Al decirle que la nueva generación alemana no le conocía, exclamó: «Sólo deseo permanecer oculto.»

Considera a la República como un gobierno temporal, y tiene formado buen concepto del presidente, Ebert, porque se considera como servidor y no como dueño de la República.

Tiene el firme convencimiento de que Alemania resurgirá industrial, económica y políticamente, y que en el porvenir volverá a ser tan grande como en el pasado.

Lo que sí parece es que Guillermo II ha adquirido en su destierro un odio marcadísimo hacia los judíos, y que sus creencias le llevan hacia el catolicismo, cuyos aspectos místicos siempre le impresionaron. Sostiene relaciones con los obispos católicos del Rin, y sus conversaciones versan siempre sobre asuntos religiosos.

Hablando del último Emperador Carlos de Austria, dijo: «Era débil de carácter, y se dejaba llevar con facilidad. Carlos fué un desgraciado, y fué una locura que intentase volver a Budapest contra la voluntad de los aliados. El triunfo en tales condiciones era imposible». Cree que Austria y Hungría no se volverán a unir jamás, y no desea la unión de Alemania y Austria, porque cree que Alemania se perjudicaría asociándose a un país en tan mal estado como Austria.

Últimas palabras de reyes.

Han sido muchos los reyes que en toda su vida jamás hablaron con tanta sinceridad como en sus últimos momentos; en todos los países ha habido algún monarca que ha esperado a estos solemnes instantes para reconocer sus errores o sus faltas. Felipe III, en su lecho de muerte, volvióse a uno de sus ministros y le dijo: «¡Buena cuenta vamos a dar a Dios de nuestro gobierno!» Las últimas palabras de Carlos IX de Francia, atormentado por el recuerdo de la *Saint Barthelemy*, fueron: ¡Cuanta sangre! ¡Cuantos crímenes! He obrado mal; que Dios me perdone!»

La historia de Inglaterra conserva las últimas frases pronunciadas por algunos de sus reyes, que tampoco debían tener la conciencia muy tranquila. La reina Isabel murió exclamando: «¡Todas mis posesiones por un momento de vida!» «¿puede esto durar todavía?», preguntó al morir Guillermo III; y Guillermo III gritó en su agonía: «¡Traición!»

Estas palabras contrastan con las del gran Carlos V, que al morir en Yuste con serenidad y resignación conmovedoras, alargó la mano para coger un crucifijo, y diciendo: «Ya es tiempo, ¡Jesús!», exhaló el último aliento.

Otro rey de España, Fernando el Santo, tuvo una muerte igualmente cristiana; considerando que el morir era el acto más glorioso de su vida, sus últimas palabras fueron para ordenar a los sacerdotes que entonasen un *Te Deum*, y al comenzar el canto dejó de existir. También es digna de mención la resignación de Luis XV de Francia, que al ver a sus cortesanos llorando junto a su lecho de muerte, les preguntó: «¿Por qué lloráis? ¿Creíais que yo iba a vivir siempre?» Y luego añadió: «Creía que el morir era más difícil».

«Un rey debe morir de pie», dijo al terminar su vida Luis XVIII de Francia. Jacobo V de Inglaterra, que cuando estaba agonizando recibió noticias del nacimiento de su hija María, la famosa María Estuardo, dijo proféticamente: «La corona vino por una mujer y se irá por una mujer».

Muchos soberanos se han preocupado más de los demás que de sí mismos en sus últimos momentos. Ejemplo: Alejandro I de Rusia, que después de excusarse con su servidumbre por las molestias que su larga enfermedad la había ocasionado, dedicó sus últimas frases a su esposa, diciendo con profunda ternura: «Debes estar cansada, Isabel».

Estas palabras recuerdan la frase «¡Pobre Carlota!» que pronunció el emperador Maximiliano en el momento de ser fusilado.

Otros monarcas se han sentido inclinados al perdón de las ofensas, y sus frases postreras han respirado la más noble generosidad. Nuestro gran Carlos III, al preguntarle el patriarca de las Indias si perdónaba a sus enemigos, respondió: «¿Pues había de aguardar a este trance para perdonarlos? Todos fueron perdonados en el acto de la ofensa.» No fueron estas sin embargo, las últimas palabras que pronunció, pues aun tuvo tiempo para bendecir a su familia y para contestar a su confesor, que le aconsejaba pidiese a Dios la salud corporal: «La que deseo y pido es la espiritual, que la del cuerpo y todo lo de este mundo me importa poco».



... y el Kaiser encanece en el destierro, dominado por la amargura de ver deshecho y pobre un pueblo que el creyó poder conducir hacia la opulencia y el dominio del mundo.

Ricardo I de Inglaterra también murió perdonando; acababa de ser herido por una flecha de Bertrand de Gourdon, y al ver que éste había sido prisionero, le dijo entre el estertor de la agonía: «Joven yo os perdono»; y volviéndose a sus criados les ordenó: «Quitadle sus cadenas, dadle cien chelines y dejadlo ir libre».

Luis XVI de Francia, no vivió lo bastante para terminar su última frase. «Franceses—gritó desde el cadalso—muero inocente de los crímenes que se me imputan; pedid a Dios que mi sangre no caiga sobre Francia. Si...» Un redoble de tambores le interrumpió, y aunque se dice que pidió a gritos que se le dejase continuar, fué imposible oírle una palabra más. Antes de un minuto había dejado de existir. También en el cadalso, Carlos I de Inglaterra murió sin terminar una frase; se volvió al obispo de Londres, y después de decirle: «Acordaos...», se detuvo como para pensar si debía continuar o no, y presentó su cabeza al verdugo.



DE AUTOMOVILISMO

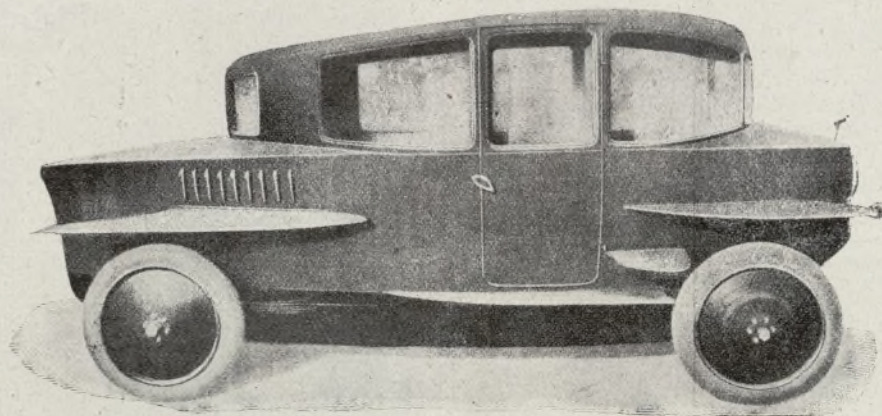
Un coche de nueva forma, en la que se tiene en cuenta la resistencia del aire



Varios industriales trataron en diversas ocasiones, de construir coches automóviles de formas tales que se aprovecharan más fuerzas cada vez; pero, por una parte la enorme influencia de la guerra, que durante más de cuatro años condujo las inteligencias todas a producir elementos bélicos, y por otra, que las exigencias del comercio imponen que sea muy atendido el aspecto externo de la producción, es el caso, que aquella idea del mayor aprovechamiento de fuerzas, quedó muy zaguera con relación a los demás progresos del coche automóvil en los demás aspectos.

recuerda la construcción aeronáutica y por sus detalles tan cuidados y por el esmero en el confort llevado al extremo, puede esperarse que tenga buena acogida entre los turistas alemanes que no lo rechazarán por el aspecto un tanto amazacotado y pasado, aunque no poco elegante del nuevo vehículo.

La moda, incluso en la industria automovilística es cosa a lo que forzosamente hay que plegarse muchas veces. Por eso, cabe preguntar si la posición del chauffeur en la delantera sin la larga perspectiva de la capota *huyendo* hacia el horizonte, originará a este conductor algún cierto embarazo.



Nueva forma de automóvil ideado por el ingeniero alemán Rumpler. Este coche marcha mejor y hace mayores velocidades por su forma especial, que permite vencer sin esfuerzo las resistencias que opone el aire durante la marcha.

Pero una vez más ha sido recogida, y esta por el ingeniero alemán Dr. E. Rumpler, que es un especialista muy conocido en las cuestiones de aviación. Antes de la guerra y durante ella creó varias clases de aviones que en general dieron buenos resultados.

Aplicando sus conocimientos aeronáuticos a la construcción de automóviles, ha llegado a construir un tipo verdaderamente original, que tiene características muy interesantes y particulares.

Ha comprendido Rumpler que, si en materia aviatoria la resistencia del aire es un factor primordial con que hay que contar no lo es menos cuando se trata de automovilismo. Y ante este principio se ha esforzado en aplicar a su carrocería las más modernas y posibles condiciones de la aerodinámica.

En efecto, en muchos puntos, el coche Rumpler

Igualmente puede preguntarse si esta disposición que recuerda los primeros coches eléctricos disminuirá para el conductor la *percepción* de los movimientos del carruaje y aminorará en parte el estrecho contacto en que debe ir el chauffeur con la máquina que conduce.

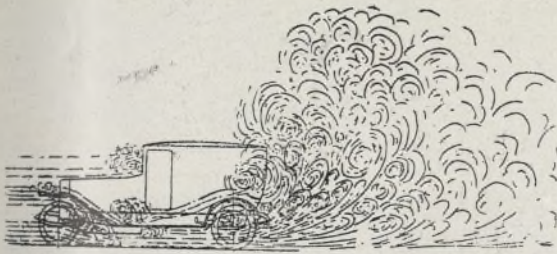
Son éstos, puntos de gran importancia que únicamente la experiencia se encargará de esclarecer.

Si la forma nueva y extraña del coche Rumpler se aparta un poco del aspecto a que la vista está acostumbrada, no es menos cierto, por otro lado, que esta forma permite un acomodamiento del interior, bastante práctico.

Así, la posición ocupada por el conductor en medio y delante, presenta a la vez las ventajas de los conductores a la derecha y de los conductores a la izquierda; ve perfectamente los obstáculos, los carruajes que debe pasar, y puede fácilmente en cual-

quier sentido, colocarse en fila a lo largo de una acera.

La carrocería de este vehículo, que se conduce



El coche de forma ordinaria produce al marchar un remolino de aire que, además de retrasarle su marcha, llena de polvo la atmósfera y el vehículo.

desde el interior, y que para los profanos constituye en definitiva la característica esencial del mismo, es muy original.

Comprende una parte inferior constituyendo la curvatura del chasis, alzándose casi hasta la altura de los asientos. La línea es aquí muy regular. Un techo de perfil abarquillado, cubre el lugar de los viajeros, recordando la carrocería propiamente dicha en medio de una armadura ligera guarnecida de anchas lunas que rodean la especie de galibo.

Toda la delantera y las caras laterales del coche, van completamente encristaladas. Dos grandes cuadrados proporcionan una vista muy desahogada de atrás.

La parte trasera de la carrocería forma una larga caperuza móvil atravesada por dos agallas u oídos de ventilación. El acceso del motor es tan fácil como en los coches ordinarios.

La popa forma una arista aguda, y una puerta única, en la derecha, de acceso al interior.

Los guardabarros y los estribos, son completamente planos. Su sección, forma, sin embargo, una

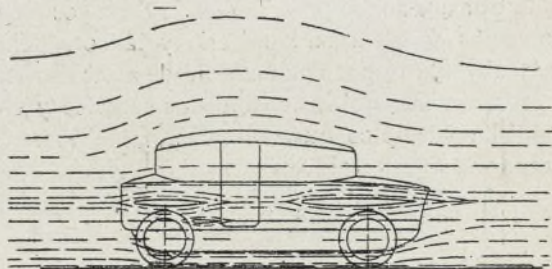
larga quilla que recuerda algo el aspecto general de las aletas natatorias de ciertos escualos.

El alumbrado exterior está asegurado por un potente faro de camino y una linterna de paseo o ciudad, situados ambos en el eje de la quilla; además dos focos en los extremos de los guardabarros y unidos con ellos.

También con arreglo a los mismos principios, ha constituido el Dr. Rumpler un torpedo, que difiere del carruaje descrito anteriormente.

Afirma el constructor, que sus coches, merced a la construcción cuidadosa y a su centraje prudente, dominan notablemente la ruta y son de una fácil conducción. Nada autoriza a creer que no sea exacta esa afirmación.

Es evidente, que la forma de navío del coche Rumpler, le asegura condiciones especiales. A igual potencia es más ligero que otros; y sobre todo, provoca menos torbellino, aun a gran velocidad, lo que es muy apreciable para lo que se relaciona con las molestias del polvo.



La forma de coche ideado por el Dr. Rumpler hiende el aire en esta forma, sin ocasionar remolinos molestos, y perturbadores.

En todo caso, la forma de los coches evolucionará hacia el de menos resistencia; de cuya evolución el Rumpler es la primera manifestación industrial.



De tiempos pasados

La ciudad de los Césares

Trasladémonos con el pensamiento a unos tiempos ya bien distantes de nosotros.

Roma es todavía la señora del mundo.

Sobre las siete famosas colinas se levanta la soberbia Roma, conjunto de grandiosas construcciones y miserables tugurios. Por encima de esa desigual masa de piedra, descuellan aquí y allí desmesurados arcos de triunfo, atrevidas columnas, estatuas gigantescas, resplandecientes cúpulas; el Coliseo, lanzando su extraordinaria mole a una altura de más de ciento ochenta pies; el Foro con la inmensa columnata de sus pórticos sombreados de frondísimos plátanos; el imponente Capitolio donde brillan a los rayos del sol las doradas tejas de bronce que cubren el más rico y suntuoso de los templos; e infinidad de otras eminencias, ceñido el todo por una ancho muralla debajo de cuyos arcos sombríos se albergan la miseria y la corrupción más abyecta, y por una multitud de arrabales extensos, amenas quintas, frondosos vergeles y elegantísimos templos que, como entre mármoles y verdor, lo tienen doblemente aprisionado.

La población de Roma.

Dentro de ese recinto casi circular, que podrá recorrerse en poco más de la tercera parte del día o en la mitad, incluyendo los arrabales, se cobijan entre la estrechez suma y una holgura desmesurada, como uno y medio millón de habitantes, en las cuarenta y ocho mil quinientas casas que comprende, las dos mil grandes o principales, y las restantes formando manzanas o islas, distribuidas en catorce regiones y salpicadas de plazas, pomerios, campos y jardines.

Rápido y cenagoso atraviesa buena parte de ese espacio el Tíber, tomando una anchura de más de trescientos cincuenta pies en las dos curvas que describe al ocultarse bajo la sombra de los monumentales edificios y frondosas alamedas y al reaparecer en las llanuras del hipódromo o *Equiria* y el Campo de Marte. Siempre el abundante caudal de sus aguas, atravesado por sólidos y numerosos puentes, se ve cubierto de embarcaciones de utilidad o de placer, que descienden ligeras o remontan la corriente a remo y vela, o remolcadas desde la orilla por sus mismos tripulantes, que no se olvidan de saludar respetuosamente a su paso la sa-



Vista de Roma desde el Palatino.

grada isla Tiberina, donde se levanta el templo dedicado a Esculapio.

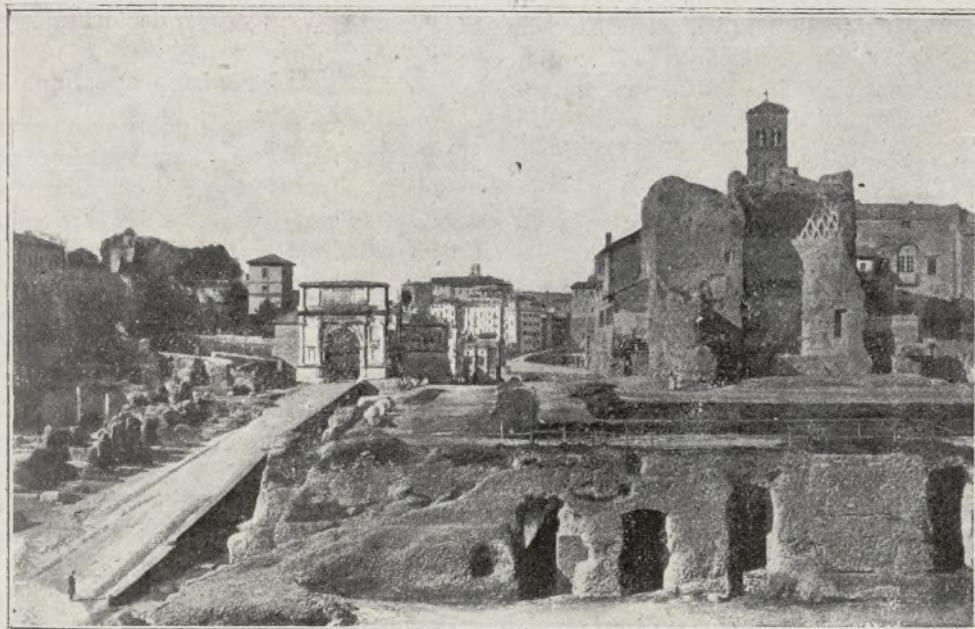
Las calles, por lo regular anchas, rectas y empedradas, están llenas en sus encrucijadas de fuentes, estatuas y bustos de emperadores y emperatrices, caudillos y gladiadores, y terminadas generalmente por obeliscos, cuando no forman parte de las grandes vías Sacra, Flaminia, Latina, Capena, Salaria, Aureliana, Tusculana, Pranestina y otras, hasta el número de quince, la primera de las cuales conduce a los triunfadores hasta el templo de Júpiter en el Capitolio, por entre doble hilera de enormes elefantes que han de ser más tarde la admiración de los bárbaros del Norte; y las demás a la Germania, saliendo por la puerta Flaminia o Flumentana hacia Rimini; a Nápoles y Brindis por la puerta Latina, a Cápua por la puerta Capena, al país de los Sabinos por la Salaria a través de la Toscana, y en fin, a todas partes, hasta el corazón de los más apartados países sujetos al imperio de Roma, siguiendo siempre la línea más recta y por entre sepulcros y mausoleos, columnas y piedras miliarias,

Palacios y templos.

Aquí una puerta adornada con relucientes clavos de metal y tras de la que aulla el perro de presa encadenado al esclavo portero, muéstrase sombreado

por una ostentosa cornisa que sustenta un globo alado, debajo del cual asoma la cabeza una serpiente; no es ésta, sin embargo, una casa particular; las cariátides, esfinges y obeliscos pintarrajeados que a entrambos lados se ostentan, indican claramente que nos hallamos delante de un templo egipcio. Cuadrados o redondos, con doble o sencillo pórtico o columnata, murados o sin murar, se nos pre-

tura se sube por una escalera interior que en su enorme fuste se oculta, así como la grandiosa mole sepulcro de Adriano, recinto venerable que atesora las cenizas de los Antoninos, torreón circular que descuella por encima de las murallas sobre su cuadrada base, cubierto de mármol blanquísimo de Paros y exornado con estatuas de dioses, héroes y faunos, primores propios del cincel de Praxiteles y



ROMA.—Templo de Venus.

sentan aquí y allí diversidad de templos griegos o romanos, precedidos de un altar, al pie de su gradearia. Por todas partes, junto a los suntuosos palacios de los patricios o de las vastísimas ínsulas donde se alberga un verdadero enjambre de seres humanos, sin otro medio de vivir que la *espórtula*, se ofrecen a la pública expectación ora anchas columnas cargadas de geroglíficos y coronadas de capiteles en campana o ramo de loto, sencillas y grandiosas como las del orden dórico; o las jónicas de una belleza varonil y severa; ya las elegantes y ricas de los corintios en que se muestran todos los encantos del arte y del gusto, ya las toscanas, iguales a un tercio de la altura del edificio, o los compuestos por los romanos, de imitación corintia, con adición de las bóvedas jónicas en el capitel; todas ellas adornan fosos y plazas, mercados, templos, pórticos y moradas particulares; o constituyendo por sí solas otros tantos monumentos como las columnas de Trajano y Antonio entre el Capitolio y el monte Quirinal, revestidas de bajo relieves y a cuya extraordinaria al-

Sísipo; faunos, héroes y dioses que un día desencajara Belisario de sus pedestales en defensa de esta misma ciudad, para lanzarlos contra el godo sitiador al impulso de la honda de sus poderosos anagros.

La sociedad romana.

Si nos confundimos con esa multitud inmensa que se rebulle desde la mañana a la noche por las calles, plazas y paseos de la gran Ciudad, con el trasiego de una actividad improductiva, veremos el senador, el caballero, el sacerdote, el soldado, el cliente, el hombre de la plebe, el parásito, el liberto y el esclavo codeándose con matronas y cortesanas, con gente de todos los países y colores, enviados unos de los pueblos aliados o súbditos que vienen, en señal de sumisión, a deponer coronas a los pies de Júpiter Capitolino y otros en representación de las quejas contra las demasías de los procónsules; los Marsos a ejercer su afamado oficio de encantadores y adivinos, los habitantes de las pervertidas ciuda-

des de rodas, de Síbaris, de Mileto, de Corinto, de Tarento, de Cápua a ayudar a corromper el apestado ambiente moral que se respira en la metrópoli del Imperio.

Tipos y lugares.

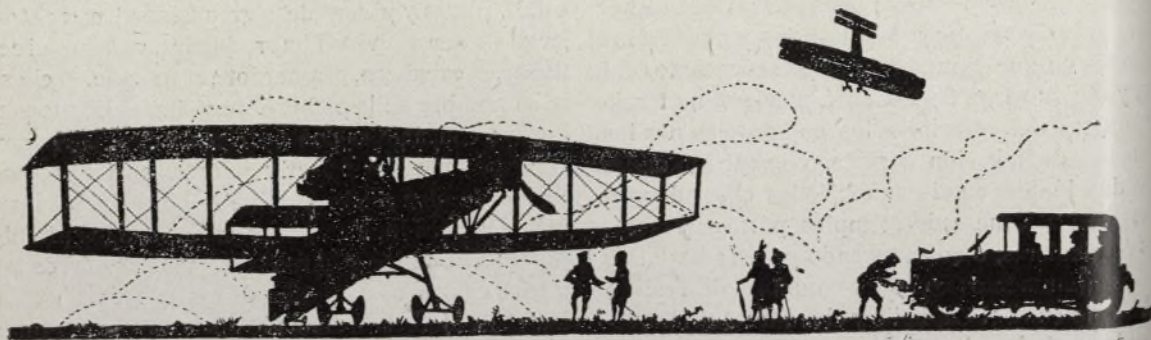
No hay sitio, por poco espacioso que sea, que no se vea frecuentado preferentemente por determinada clase de personas. Así los abogados suelen reunirse en Puteal de Libon y al pie de la estatua de Marsyas en el Foro; detrás del templo de Cástor las gentes del mal vivir, y en la calle de Toscana, donde están las tiendas de sederías, los que se venden a sí propios. Los testigos falsos abundan, también, allí donde se juzgan los pleitos. Los cambistas, banqueros y agentes de negocios cuchichean en torno de los arcos o *janus* de la parte septentrional del Foro, debajo de los que se guarecen de la lluvia, mientras los fanfarrones matasietes gesticulan junto al santuario inmediato de Venus Cloacina y los pleiteantes, que asedian la basílica Porcia, huyen de la tramontana que les lleva el nauseabundo olor que exhala la pescadería inmediata del populoso barrio de Suburra. En la extremidad oriental del Foro, esto es, en el bajo Foro, se agita pausadamente la acostumbrada reunión de los *boni homines*, gente de bien y rica, que acaso por un sentimiento de tradicional respeto, prefiere ese sitio que domina el Velia, antigua morada de los sabinos, pueblo honrado a quien es deudora Roma de su ya decaída aristocracia. Al borde de ese canal que, atravesando el Foro en su mayor longitud, afluye a la famosa cloaca Máxima que de antiguo descarga en el Tíber las inmundicias de la ciudad imperial, es donde acuden particularmente los ociosos, los badulaques llenos de pretensiones, confiados, locuaces, malquerientes, politiquistas, pobres diablos al fin, a

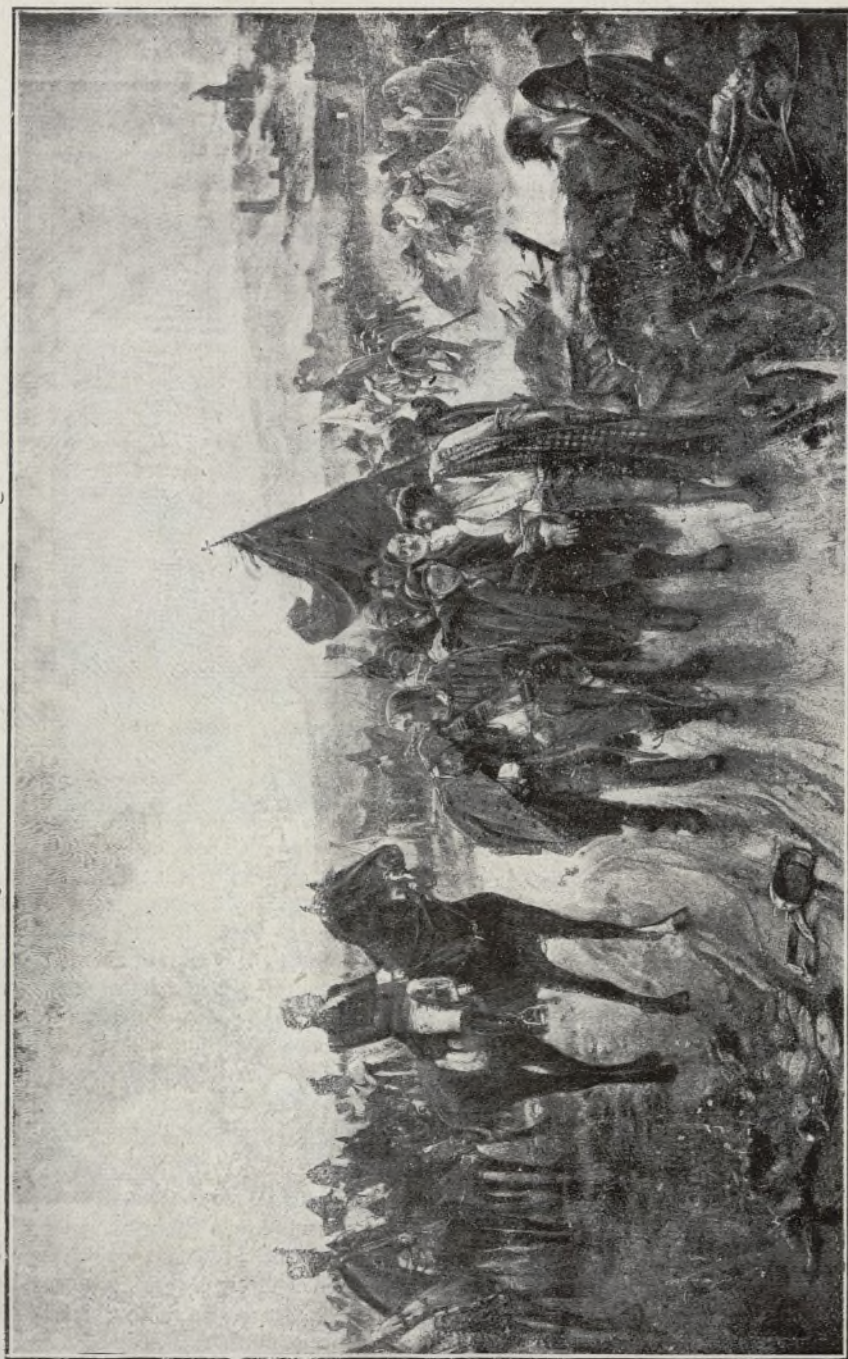
quienes el vulgo llama *canalicolæ* del lugar de sus habituales sesiones.

Los maridos arruinados van a comunicarse sus cuitas hacia las inmediaciones de la casa Leocadia Oppia; los suicidas se precipitan al río desde lo alto del puente Fabricio, cosa que sucede con asombrosa frecuencia; y ni aún quedan en paz los cementerios del monte Esquilino, cerca de los jardines de la antigua casa de Mecenas, frecuentados por magas y lobos, y lugar de nocturnos y terribles dramas.

Lo mismo ayer, que hoy...

En tanto que el liberto pobre va buscando quien alquile sus brazos, el sicofanta se ofrece para alguna intriga, el parásito, oliendo siempre donde guisan, el *circulator* o escamoteador entreteniendo con sus habilidades a la plebe que se mofa del desgraciado náufrago que; suspendido al cuello el cuadro o pintura de su infortunio, implora a gritos la caridad pública; del miserable hambriento que viene de recoger los restos de los manjares de entre las cenizas de las piras fúnebres; del adorado masiliense, del rodio fanfarrón, del lidio que se arranca la barba en vez de afeitarla, del portero escita, del egipcio que se come tres espigones de ajos todas las mañanas en ayunas para librarse de las enfermedades de la piel, y de esos griegos de largo manto y cabeza cubierta, henchidos de libros y paquetes de notas, que andan parándose con frecuencia y filosofando al compás estrepitoso de su calzado especial, que con todo el mundo tropiezan y a todos acodean, dejando caer una sentencia a cada paso y ostentando la desnudez que medio oculta su ropaje; de esos cínicos que no sólo van sin túnica, sino que hasta comen sentados, como los esclavos, pero que no se privan de beber caliente y aún de ponerse alegres, cuando pueden atrapar algún dinerillo.





LA RENDICION DE GERONA (Cuadro de Barrau.)

LA ALCAZABA ROJA

(LEYENDA ÁRABE)



Rasgó el viento un alarido; como tromba destructora,
como furias del averno, con pujanza arrolladora,
se lanzaron al combate los jinetes de Aliatar.
Retemblaba la llanura bajo el pie de los corceles
que bajaron como rayos de los montes orgullosos—
parecía una algarada de fantásticos gomeles
aguerridos y feroces; los semblantes sudorosos,
los alfanjes en la diestra—; como airón, los alquiceles
rudamente flameaban;
galopaban,
apagando con salvaje algarabía
de los llanos anchurosos el vibrante trepidar.
Y delante de su hueste de guerreros indomables,
que conquistan sus caprichos con la punta de sus sables,
cabalgando sobre un potro del desierto
más veloz que la centella, más veloz que el huracán,
va Aliatar, el bravo Alcaide, el señor de la alcazaba,
orgulloso de su gente, la más brava,
que luchó contra la enseña poderosa del Sultán.
Bajo el sol esplendoroso que brillaba en los aceros
y en el oro y en la plata del arnés centelleante
fué al chocar de los guerreros
que a la lucha se prestaron altaneros,

una nube que ocultó la luz del sol.
Corrió sangre —, formó un río; un esfuerzo vigoroso
de Aliatar, el bravo Alcaide, el caudillo victorioso,
puso en fuga a los contrarios,
y sus hombres, por la lucha y la sangre enardecidos,
al galope de sus potros avanzaron temerarios
de los llanos al confín,
arrasando el aduar de los vencidos,
entre gritos de venganza y feroces alaridos,
embriagados por la lucha, por la sangre y el botín.

Desgarrando de los cielos el azul sereno y puro,
el crepúsculo lejano era una hoguera,
un incendio en la montaña, que encendiera
poderoso algún titán.

Una bella mezcla extraña de colores violentos,
un tropel de nubes rojas, como músculos sangrientos
de un gigante destrozado; ascuas ardientes,
que perdiendo en la penumbra el color van.
Como chispa del incendio, como aliento de la tarde
que agoniza envuelta en llamas, surgió el brillo de una

navegando en el azul;
y rasgando bruscamente la pureza de los cielos,

derramó la luna de oro su luz bella,
 afilada y centelleante como alfanje de Stambul...
 Salmodiando un rudo canto de guerreras tradiciones,
 conduciendo entre sus filas los esclavos y el botín,
 van entrando en la alcazaba los bravíos campeones,
 los soldados victoriosos de Aliatar el paladín.
 Cabizbajo, con el rostro descompuesto y dolorido,
 abrumado de vergüenza y abrumado de dolor,
 llena el alma de rencores, con el gesto del vencido,
 marcha Amar, el caballero, más valiente y más cumplido,
 con las manos aherrajadas, a merced del vencedor.
 Al pasar bajo los arcos de la entrada majestuosa,
 al alzar, por fin, sus ojos fulgurantes y bravíos
 vió a su amada, la más dulce y más hermosa
 de las hijas de Aliatar,
 y sus sombríos
 pensamientos le abrumaron con pujanza dolorosa.
 Angustioso se oyó un grito como el silbo de una flecha,
 luego el ruido de las puertas al cerrar;
 en el trágico silencio un laúd gimíó una endecha;
 se escuchaba de las olas el lejano murmurar.

II

La leyenda, esa anciana que cuenta sus historias
 al amor de la lumbre en las noches de invierno,
 y nos habla de amores y de pasadas glorias,
 de espectros y fantasmas y diablos del infierno.
 Esa abuela del mundo, de cabellos de nieve,
 que sabe de remotos países y consejos
 y cuenta cosas tristes en las tardes que llueve,

y tienen sus decires sabor de cosas viejas.
 Esa anciana sin dientes, de pupilas brillantes
 y sarmentosas manos y sonrisas extrañas,
 que es bruja y tiene tratos con sabios nigromantes,
 y mezcla fantasías, quimeras y patrañas,
 que Aliatar, dice, al cabo sorprendió a los amantes.

El sol, de su carrera en el punto más alto,
 sobre la parda tierra brilla majestuoso,
 y es el cielo, sin nubes, de color de cobalto,
 llano sendero al lento caminar del coloso.
 En el patio de armas de la mansión solubria
 en rígidas hileras formaron los guerreros;
 bajo un dosel cuajado de oro y pedrería,
 rodean al Alcaide sus sabios consejeros.
 Irguiendo su figura atlética y gigante,
 el verdugo sostiene el alfanje homicida;
 es negro como el cuervo, y es blanco su turbante;
 esclavo, no le importa la muerte ni la vida.
 Ardiendo en infernales deseos de venganza,
 Aliatar, lleno de ira, imprecó al alto cielo,
 y a una señal comienza la espantosa matanza...
 Corre la sangre, ruedan cabezas por el suelo...

Al caer de la hermosa la testa ensangrentada
 del cruel alfanje, bajo la rutilante hoja,
 ocultó el sol su bella cabellera dorada
 en sangre...; la alcazaba se fué tornando roja...

JUAN VILLAVERDE F.

Torreta de Sbu-Sba, 18-4-22.

NOTAS ACADÉMICAS

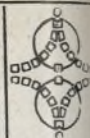


LA ENTRADA EN CLASE, POR J. DE MONTERO BOSCH



ANDANTE ESPAÑOLERÍA

Por el Teniente Coronel García Pérez.



Heroicos sacerdotes

Padre Boggiero, consejero de Palafox.

Santiago Sas, jefe de los escopeteros de la parroquia de San Pablo.

Juan Tapia.

Vicente Centeno:

Se destacaron en la heroica defensa de Zaragoza.

Nicolás Alberica. Este abad, ayudado por los de Contó y Valladares, auxilió a D. Pablo Morillo para la reconquista de Vigo. Con sus feligreses formó una partida que recorrió toda Galicia, interviniendo en las acciones de Tuy, Vigo, Puente Sampayo y Gil.

Antonio Muñoz, Párroco de Riogordo. Combatió contra los franceses en la provincia de Málaga.

Juan Peralta, Párroco de Cortes de la Frontera. El 12 de Marzo de 1811, derrotó una fuerte columna francesa cerca de Ronda.

Miguel Quero, cura extremeño. Peleó con gran ardimiento.

Mosén Ramón Mas. Vencedor de las águilas napoleónicas en las gargantas de Barch.

Jerónimo Merino. En colaboración con el Empecinado llevó a cabo el asalto de Roa.

El Cura de Astudillo hizo de Palencia, Burgos y Valladolid, teatro de sus gloriosas hazañas.

Gabriel Seco

Era soldado del Regimiento del Rey, cuyo Cuerpo se distinguió en la defensa del fuerte de Villalba de Loza (Burgos); durante la lucha una bala de cañón le destrozó su mano derecha; aunque imposibilitado para seguir peleando, no por ello abandonó su puesto, sino que en él continuó facilitando municiones a sus camaradas (7 de enero de 1836.)

Regimiento del Príncipe

En el combate de Herrera (24 de julio de 1837) había sido derrotado el centro e izquierda de los liberales; en la derecha, el antiguo Tercio de Lombardía resistió heroicamente la briosa acometida de los carlistas.

«El heroísmo de los soldados del Príncipe no

podía evitar que la situación se agravase por momentos, y esto, unido a la escasez de municiones, determinaron al General Solano a emprender la retirada, realizándola por escalones y con admirable orden hasta el pie de Sierra Herrera. Desde este punto, la estructura del terreno obligó al Regimiento a formar en columna; los carlistas, dueños de los cerros inmediatos, aprovechan estas ventajas para fusilar, sin apenas riesgo, a los salientes del antiguo Tercio Lombardo, y los pocos que sobrevivieron a la sangrienta acción, sin municiones y rodeados de bayonetas contrarias, fueron hechos prisioneros».

Al jefe de estos prisioneros, Teniente Coronel, dijo así el General carlista Villarreal:

La tropa que usted ha mandado es la mejor de Europa.

Regimiento de Mallorca

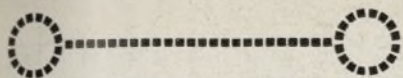
En la noche del 19 de septiembre de 1837 algunos soldados y clases, mal aconsejados, hicieron armas en Gayangos (Burgos), contra sus oficiales, matando a uno e hiriendo a otro; otros soldados, fieles a la obediencia, tomaron partido por sus superiores consiguiendo reprimir el motín.

Aquellos leales a la disciplina merecieron un escudo de distinción. Consistía en una palma y una oliva bordadas sobre paño azul celeste y en su extremo llevaba corona cívica; orlaba dicho emblema la inscripción: *Ejército del Norte-Cuerpo de la izquierda*; en el centro se leía: *Premio*.

José Moreno

Este capitán del Regimiento de Extremadura se coronó de gloria en la defensa del fuerte de Villamedia de Mena, el 8 de abril de 1838.

Once batallones carlistas le atacan impetuosos oponiéndoles su pujanza; la artillería abre luego ancha brecha reduciendo casi a escombros el disputado fuerte; unos y otros combaten heroicos y decididos; pero la llegada de una columna de socorro a las órdenes del general Rivero, obligó a los carlistas a levantar el cerco dejando en manos de Moreno los laureles del triunfo.



Informaciones de actualidad

La lanza, como arma del jinete



El ejército argentino ha querido testimoniar su afecto al ejército español regalándole 1.000 lanzas. La ofrenda se ha llevado a cabo recientemente en el Campamento de Carabanchel, y nuestra fotografía presenta el momento en que el teniente coronel argentino D. Francisco Méndez Vélez, agregado militar a la Embajada, se adelanta con una lanza en la mano para entregarla, en nombre de su país, al Infante D. Fernando, que en la ceremonia representaba a S. M. el Rey.



Con motivo de este delicado presente que nos hace la Argentina, se pone sobre el tapete el discutido tema de la utilidad de las lanzas como artículo del jinete. Sabido es que Inglaterra, antes de la guerra, dió una orden para que los regimientos de dragones dejasen de emplear las lanzas, y que muchas otras naciones iniciaron también el abandono de esta arma.

Sin embargo, hay que convencerse de que la lanza es, aun en estos tiempos de ingenios tan mortíferos, un arma terrible. La batalla de Albuera marcó en España el comienzo de su adopción. Hasta entonces, era la lanza arma exclusiva de los pueblos del Norte, de los jinetes de la Polonia, de los célebres cosacos.

Napoleón I, después de ver las hazañas de los lanceros polacos que formaban parte de su ejército, determinó armar de lanzas a cuatro regimientos de su caballería. Estos fueron los que en la Albuera destrozaron por completo al batallón número 3 de infantería inglesa. Las bayonetas de los infantes, formados en cuadro, resultaron ineficaces contra el nuevo armamento de la caballería, y en menos de un cuarto de hora todo el batallón había dejado de existir.

Desde entonces fueron creándose regimientos de lanceros en todos los ejércitos. En el nuestro se hicieron sólo algunos ensayos en pequeña escala, tanto, que al comenzar la primera guerra civil sólo teníamos un regimiento de la guardia real armado de lanza. Durante esta guerra, sin embargo, la cosa varió de aspecto por completo. La caballería carlista, no contando con suficientes armas

de fuego, se componía exclusivamente de lanceros. Algunos de sus triunfos fueron atribuidos a su armamento, y como aún vivía en la memoria de los españoles la famosa carga de los piqueros de Bailén, y a la vez venían de América noticias de las hazañas que con sus lanzas llevaban a cabo los llaneros, no tardó en levantarse entre el ejército liberal un entusiasmo tal por el arma en cuestión, que fué preciso dotar de ella a toda la caballería, incluso a los coraceros y a los húsares.

No solamente la tropa, sino también muchos oficiales acogieron con gusto la innovación, y no pocos jefes, y aun generales, llegaron a conquistar gran fama por su destreza en el manejo de la lanza. Recuérdese, entre otros ejemplos, el de D. Diego de León, cuyas proezas, más que de tan recientes tiempos, parecen propias de la época de los campeonos legendarios. En aquellos días no eran raros los combates personales a la lanza entre individuos de ambos ejércitos, como el famoso duelo entre el duque de la Torre y el cabecilla carlista Capdevila de Trigols, en la acción de Caserras, que terminó con la muerte del segundo, y el del soldado navarro Curpín, ordenanza de Fernández de Córdova, con un faccioso que había insultado al general y a su escolta, de cuyo encuentro salió victorioso e campeón liberal.

Pasado aquel período de entusiasmo por los lanceros, redujose su número de tal modo, que en 1864 sólo había en España ocho regimientos de ellos; este número fué aumentado a 12 cuando se suprimieron los coraceros, pero después volvió a disminuir de nuevo.

¡Fué un viaje maravilloso!

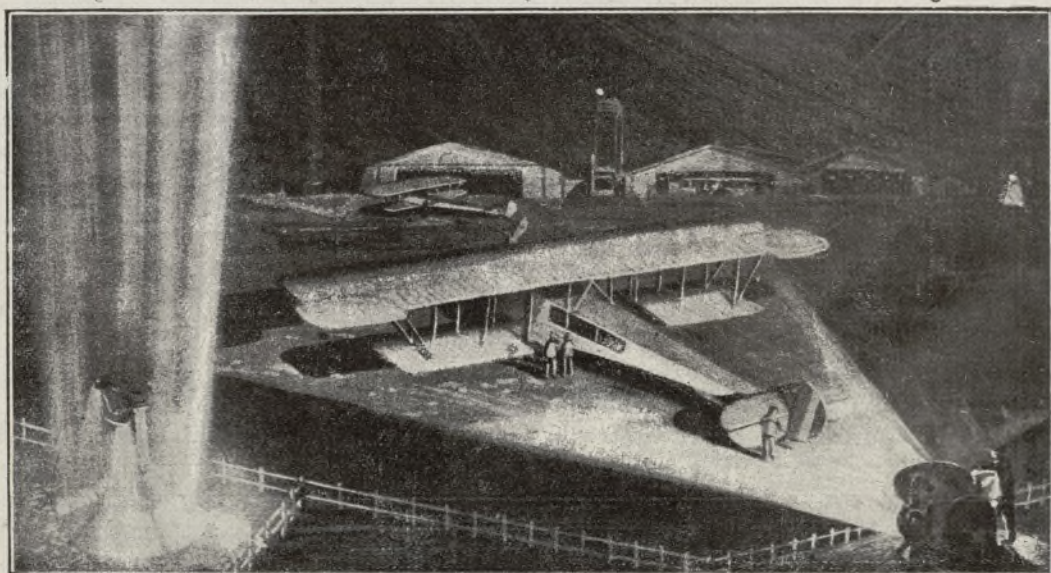
Efectuado en ese momento en que la primavera se junta con el verano, época de los días largos y de las noches claras, y que había de revelarnos alegrías estéticas insuperables. A la media noche, nos fué dado contemplar el crepúsculo aún lleno de claridad sobre la Mancha, mientras que dos horas más tarde, la alborada se alzaba radiante en esta misma Mancha en el horizonte francés. Sus reflejos iluminaban nuestros rostros, mezclándose con la

ces brillan dentro y fuera, esta visión sería capaz de exaltar a las propias hadas.

El aire londinense coloreaba de amarillo esas miriadas de ampollas eléctricas; Londres aparecía esmaltado de lentejuelas de oro. Y esto se extendía a todo lo largo de las orillas del Támesis, más allá de Chatam, Rochester, Cantorbury, hasta el mar.

Así, en esta noche de terciopelo negro, los contornos se animan gracias a la industria humana.

Los faros hienden las tinieblas con sus parpa-



Los aerodromos poseen para los vuelos de noche grandes focos eléctricos que iluminan fuertemente el camino que tiene que seguir el avión antes de despegarse del suelo. A la izquierda vese el reflector de rayos verticales que sirve para determinar a los aparatos viajeros la situación del aerodromo.

luz lunar que venía a mirarse en las largas alas del avión.

No es exagerado decir que era un cuento de hadas. La expresión queda por bajo de la verdad, pues las hadas en sus mas bellos cuentos, no han imaginado jamás que se pasearan por el cielo, irisado a la vez por el sol y por la luna.

Las hadas no han pensado nunca que volaban por encima de la Mancha a media noche, teniendo debajo los puertos de Boulogne y de Folkestone, semejantes a joyas de pedrerías multicolores, encerrados en estuche de terciopelo negro...

Todo lo más que han podido hacer, es comparar la luz roja de sus buques fantásticos, con los antiguos fuegos fátuos.

Pero la visión de Londres a las doce y media de la noche, a esa hora de la salida de los teatros y de las cenas, a esa hora suntuosa en que todas las lu-

deantes luces que son como una llamarada a la que nuestro «Goliat» responde yendo a volar sobre el faro que aparece entonces como una inmensa escala luminosa.

Los hogares abiertos de las locomotoras, alumbran, de trecho en trecho, las líneas de camino de hierro que, sobre la tierra negra, forman trazos más negros aún.

Vednos en el interior de nuestro aerobus, yo en la delantera en un rincón suspendido en el espacio, iniciándome en la navegación aérea, aplicándome a marcar las ciudades y denominar los faros, mientras el segundo piloto, va y viene a través de la carlinga comunicando las órdenes de los navegantes. Detrás del lugar aéreo del piloto, el mecánico está en el puesto de telegrafía sin hilos, que recibe las previsiones meteorológicas. Cuando yo contemplaba cerca de Douvres la altura escarpada del Rey

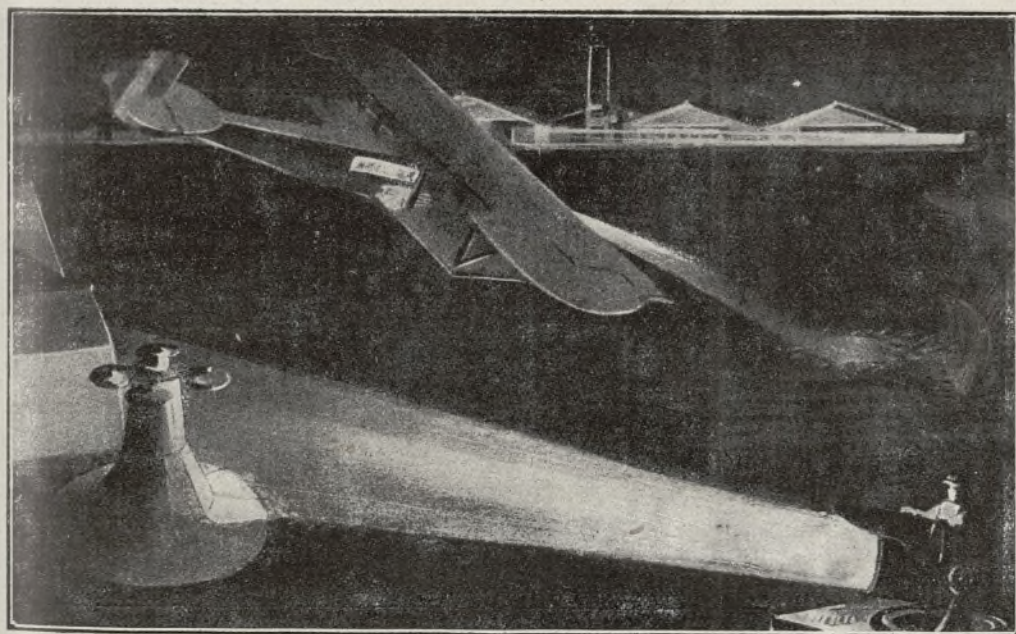
Lear, blanca, de un claro de luna muy shakespeareano, el piloto me dirige estas palabras de un modernismo indiscutible: «La Tour Eiffel nos fastidia. Nos charla siempre del tiempo».

A cada instante, para contribuir a la decoración shakespeareana, nuestro «Goliath» brillaba con todas sus luces. A nuestra ala derecha lanzaba una luz roja y a la izquierda otra verde. Al centro nuestros dos grandes faros blancos. Tenemos conciencia de acusar gran belleza en el aire; nos comunicamos nuestras impresiones. Pues estamos como en un salón cuyo techo se adorna con ampollas eléctricas que nos permiten leer y tomar notas. No

zado; teníamos a bordo tres grandes bombas-torpedos luminosas.

A 400 metros de altura, en el momento del aterrizaje forzoso, en el campo se proyectaría una de ellas que iluminase el terreno durante dos minutos. Pero no tuvimos que recurrir a este medio; hicimos de un vuelo el recorrido de Bourget a Croydon y el de Croydon a Bourget.

El aeropuerto de Croydon, para recibirnos había encendido todos sus faros; las dos torres de telegrafía sin hilos se aureolaron de infinidad de bombillas eléctricas y brulotes suplementarios parecidos a gigantescas linternas venecianas de color rosa



Para aterrizar durante la noche, el avión dispone de potentes focos que le sirven para reconocer el terreno sobre que va a posarse. Los reflectores del aerodromo, al distinguir un aeroplano que pide tierra, dirigen sus rayos hacia los obstáculos del terreno para señalarlos a la vista del aviador.

se siente ningún estremecimiento. Hendimos el aire con un dulce deslizamiento, tanto más suave cuanto que estamos a 2.500 ó 3.000 metros de altura.

Hace frío, y el piloto que va con chaquetón, acepta uno de los cobertores eléctricos en el que se envuelve mal que bien.

Su oído ejercitado escucha los motores que rullan bien. Estos dos motores no han dejado de ocupar nuestro pensamiento. Desde la partida, en que escupiendo fuego y lanzando relámpagos parecían dos demonios de la moderna mecánica, les mirábamos y les escuchábamos. Un desfallecimiento de uno de ellos, era el fin de un vuelo más o menos prolongado, el aterrizaje en la tierra negra. Pero la panne había sido prevista en este viaje bien organi-

Estaba, en efecto, de fiesta la ensenada con tal iluminación a giorno.

En la acogida que se nos dispensó rebotaba una alegría extraordinaria. Se bebió wiski en nuestro honor y se nos dispensó de los discursos, reemplazando con vigorosos apretones de mano y abrazos, los cumplimientos que estaban en todos los corazones.

El retorno, no fué menos encantador que la ida.

A penas nos hubimos elevado mil metros en el cielo inglés, vimos levantarse en el horizonte francés la aurora con sus matices rosados; y detrás de nosotros, al Oeste, el crepúsculo apenas acababa de morir; la luna dilatada presidía este equilibrio del día y la noche. Para que se realizara este espec-

táculo sin par, era necesario todo un concurso de circunstancias.

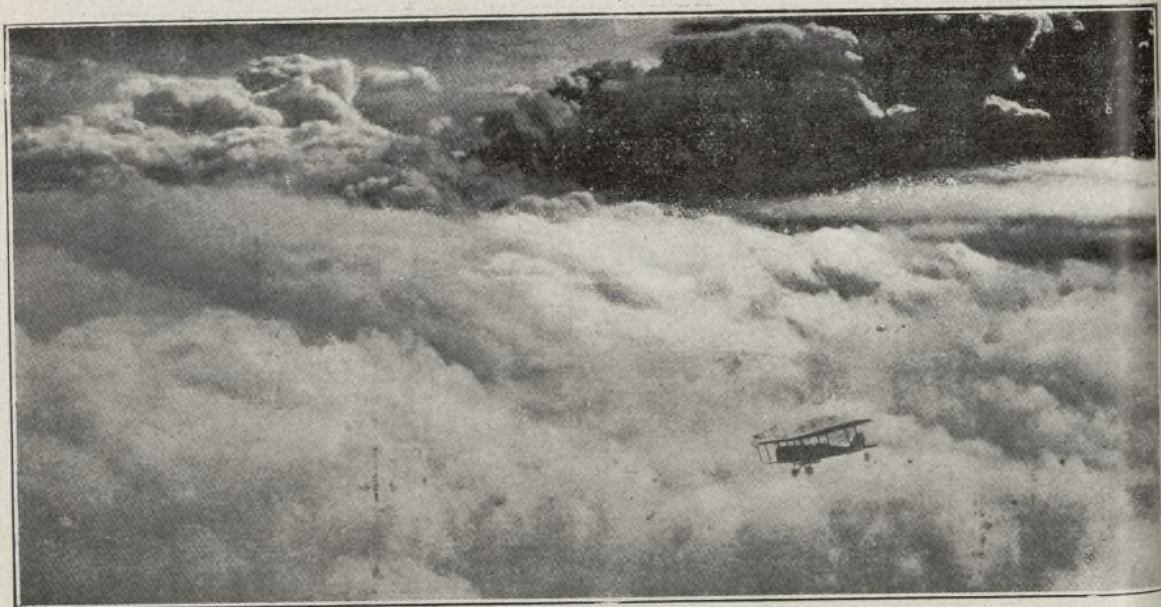
Pensad que estábamos en uno de los días más largos del año, y que esta noche 7 de Junio fué notablemente clara y dulce a pesar de las nubes del condado de Kent y de las tormentas de l'Ile-de-France. Apenas habíamos repasado la Mancha cuando la aurora se extendió en el cielo. «La aurora con los dedos de rosa» es una imagen pobre cuando se contempla a 3.000 metros de altura en los cielos. La aurora no era rosa, era púrpura, y muy pronto desplegó su manto de los siete colores sobre un tapiz moteado de sedas, de nubecillas que

¡Tal es la vida moderna y el esbozo de lo que será la futura!

¡El mañana, verá los aviones nocturnos mezclando los pueblos y las civilizaciones, confundiendo las razas y las tierras!

Este viaje nocturno será seguido de otros facilitados por la perfecta disposición del balizaje instalado tanto en Francia cuanto en Inglaterra, por el servicio de la navegación aérea, S. N. A. E. y por el Air Ministry.

De París a la costa, seis faros de un alcance de 50 kilómetros, bolizan los aeródromos y terrenos de socorro: Bourget, Beauvais, Poix, Abbeville,



... Es una belleza enorme volar entre nubes que recogen los últimos destellos de las luces del crepúsculo...

en seguida se convirtieron en copos de rosa. Pasamos a través de este sorbete delicioso con gran disgusto de nuestro piloto.

Picamos hacia tierras francesas, y desde Beauvais a París fuimos en vuelo bajo sobre las poblaciones dormidas todavía. Veíase de repente un punto luminoso irradiar de una ventana: era un durmiente despertado por el runfle de nuestros motores que daba vuelta a la llave de la lámpara de su alcoba.

A las seis de la mañana aterrizamos en Bourget. Ya estaba en plena actividad el aéropuerto. Aviones Breguet y Spad se elevaban para llevar a Londres los periódicos franceses que leerían los ingleses tomando el desayuno.

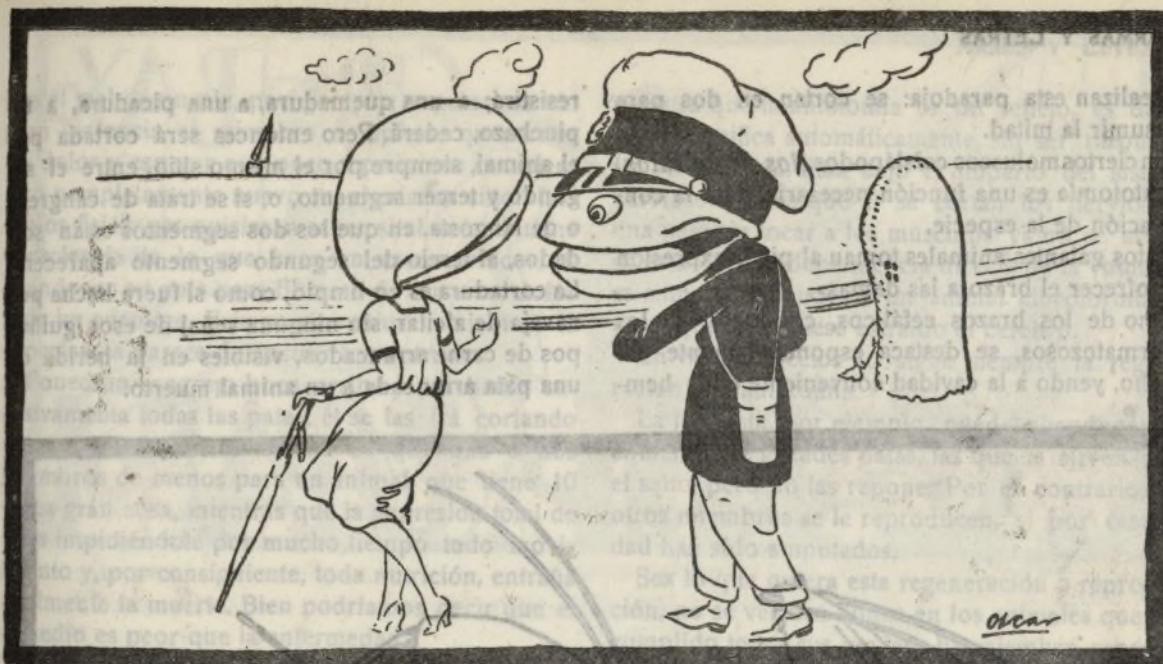
A la vez saldrán de Croydon, aviones ingleses para traer a los parisienses los diarios de Londres.

Berck-sur-Mer y Saint Juglevert. En Inglaterra el balizaje está constituido por cuatro faros situados en Lymne, Graubroock, Tatesfield y Croydon. Cada uno de estos faros, así los ingleses como los franceses, emite una letra del alfabeto Morse, lo que da lugar a reconocerlos.

La potencia lumínica de ellos es tal, que en noches de transparencia mediana, se juntan las luces de cada dos faros contiguos.

Además, el náuta aéreo puede utilizar los faros marítimos de la costa, que han sido descubiertos en favor de la aeronáutica.

Gracias a este balizaje perfeccionado, con un buen avión bimotor, un buen piloto y un buen navegante, el viajero aéreo nocturno no corre ningún peligro al realizar el más bello y sensacional de los viajes.



CURIOSIDADES DEL MUNDO ANIMAL



Algunos animales se mutilan a sí mismos voluntariamente. Tales mutilaciones ejercen importante papel en su defensa; pero realmente constituye un acto reflejo en el cual la voluntad no influye verdaderamente



Tratamos de animalejos, alados muchos de ellos, que todos conocemos y que podemos ver a cualquier hora, que pueden amputarse voluntariamente un miembro, cosa que emplean con frecuencia como medio de defenderse y sin gran inconveniente, puesto que en la mayor parte de los casos el miembro así perdido reaparece y se reconstituye a la siguiente muda.

Este fenómeno extraordinario ha sido observado por numerosos naturalistas y, en particular, por Fredericq, que es quien lo ha denominado *autotomía*. Nombre disonante a nuestro oído y que resulta un barbarismo gramatical, puesto que sus raíces quizás le dan la significación de arte, ciencia o método de *amputarse uno mismo*.

La cosa, si no el nombre, es conocida de todo el que es un poco observador y gusta aprovechar las vacaciones a orilla del mar o en el campo, para familiarizarse con la Naturaleza.

Sábase, en efecto, que los cangrejos, las arañas, los ciempiés y ciertos otros insectos de patas largas, como los saltamontes, langostas, cigarras y otros, dejan sus patas entre los dedos de los que les cogen y les aprisionan, continuando su huida y sacrificando un poco de ellos mismos para salvar la vida.

Con otros animales nos ocurre otro tanto, aun-

que no sean de patas largas. A veces se cree poseer una lagartija, y se queda uno con un trozo de cola, vibrante aún; pero el cuerpo o totalidad del bicho ha escapado.

La *culebrita de vidrio*, serpentilla tan inofensiva como preciosa, que tiene tal nombre merced a la facilidad con que se rompe, más que a sus grandes y brillantes ojos, no tiene tampoco para su defensa otros medios que el dejar un pedazo propio en prenda y escapar el resto.

La estrella de mar también cede fácilmente uno de sus cinco brazos, que renace en seguida lentamente.

Esta autotomía no parece que es únicamente útil para favorecer la huida desprendiéndose de un miembro o de un pedazo; debe también servirles para suprimir parte del dolor.

Las experiencias hechas con el cangrejo prueban que puede seguir la amputación a una picadura, una mordedura o una quemadura.

Incluso puede ser provocada por un dolor no localizado.

Así se comprueba en algunas estrellas de mar, para cazar los parásitos de su tubo digestivo, o en otras que, colocadas en malas condiciones de vida, por falta de nutrición o de respiración, tienen como recurso este medio radical de economizar.

ARMAS Y LETRAS

Realizan esta paradoja: se cortan en dos para consumir la mitad.

En ciertos moluscos cefalópodos (*los Argonautas*) la autotomía es una función necesaria para la conservación de la especie.

Estos galantes animales toman al pie la expresión de «ofrecer el brazo a las damas».

Uno de los brazos cefálicos, conductor de los espermatozoides, se destaca espontáneamente del macho, yendo a la cavidad conveniente de la hem-

resistirá; a una quemadura, a una picadura, a un pinchazo, cederá. Pero entonces será cortada por el animal, siempre por el mismo sitio, entre el segundo y tercer segmento, o, si se trata de cangrejo o de langosta, en que los dos segmentos están soldados, al tercio del segundo segmento aparecerá. La cortadura es en limpio, como si fuera hecha por navaja de afeitar, sin ninguna señal de esos guñapos de carne arrancados, visibles en la herida de una pata arrancada a un animal muerto.



bra, en donde varios naturalistas, el gran Cuvier, creyeron se trataba de un gusano parásito en el molusco.

¿Cómo se efectúa la autotomía?

Esa es una cuestión que se presenta a resolver a los fisiólogos.

El mejor sujeto de experiencias es el cangrejo, en el cual la autotomía está perfeccionada. El pobre animalito ha sido sometido a pruebas varias, pero ha llevado alguna luz al conocimiento del modo de accionar este fenómeno. Se sabe, por ejemplo, que esta mutilación es provocada. En efecto, tirad bastante fuerte de una pata de cangrejo muerto; la pata se arrancará, pero la fractura se realizará en la articulación del primer segmento, e irá acompañada de un desgarramiento de las carnes, formando piltrafas irregulares de una parte y otra de la quebradura. Experimentad en un cangrejo vivo, y, por el contrario, el fenómeno será completamente diferente.

A una tracción, a una presión extensora, la pata

Esta experiencia es fácil de hacer, y se puede realizar sucesivamente en cada uno de los miembros de un cangrejo. No resulta sino en los grandes brazos o pinzas, lo cual lo saben los pescadores, y tratan de conservárselas para que no pierdan valor en el mercado, puesto que tan fácilmente se despojan de sus garras.

Es el mismo animal quien provoca la fractura con una violenta contracción voluntaria de los músculos extensores de la pata. La dirección en que se hace la separación es la misma siempre, bien localizada en los crustáceos. No ocurre lo mismo en otros animales que pueden provocar la autotomía en una elección cualquiera variable, según el caso: el agente provocador, la causa de mutilación voluntaria, que puede ser un dolor generalizado y vago; la falta de alimento, defecto de oxigenación, acciones químicas nocivas, etc.

¡Qué dichosos seríamos los hombres, aunque los médicos lo sintieran, si, cuando tuviéramos como estos animales una gran necesidad de curar-

nos el mal de un pie, por ejemplo, separarnos sin gran violencia el miembro completo, quedarnos sin dolor y esperar que poco a poco nos renaciera otro completamente nuevo en el mismo sitio! Los sabios fisiólogos quisieran saber si el animal tiene consciencia de lo que hace en casos críticos, al abandonar su pata para librarse de un vivo dolor o de un enemigo. Esto parece natural, mientras la experiencia parece demostrar lo contrario.

Poned un cangrejo boca arriba y pinchadle sucesivamente todas las patas; él se las irá cortando una tras otra sin darse cuenta de que uno o dos miembros de menos para un animal que tiene 10 no es gran cosa, mientras que la supresión total de ellos impidiéndole por mucho tiempo todo movimiento y, por consiguiente, toda nutrición, entraña fatalmente la muerte. Bien podríamos decir que el remedio es peor que la enfermedad.

Lo mismo el cangrejo atacado por una pata: si se le pica en otras abandona éstas, pero no corta más que las que le dejen en libertad. Todo de-

muestra que la autotomía es un reflejo, es decir, que se verifica automáticamente, sin ser razonada, sin ser volutiva. Está bajo el imperio del sistema nervioso, puesto que si se cortan los nervios de una pata sin tocar a los músculos ya no se mueve ni está bajo la dependencia directa de la voluntad; es como si depende de un animal cloroformizado o del que se hubiese extraído el cerebro.

En varios insectos no sigue siempre la regeneración a la autotomía.

La langosta, por ejemplo, puede abandonar fácilmente sus grandes patas, las que le sirven para el salto, pero no las repone. Por el contrario, los otros miembros se le reproducen, si por casualidad han sido amputados.

Sea lo que quiera esta regeneración o reproducción, no se verifica nunca en los animales que han cumplido todas sus mudas. El miembro reproducido va apareciendo lentamente en espiral bajo el caparazón, pero no aparece sino en el momento en que el animal se cubre con piel nueva.

COSAS DE OTRO TIEMPO POR EL GENERAL MADARIAGA

Encontrándome yo —hace más de treinta años— de guarnición en Valencia. En uno de los regimientos había un coronel con el *máximum* para el retiro. Era inaguantable. Todos deseaban perderlo de vista.

Como ya estaba próximo a la edad reglamentaria, la voz unánime era ésta: «Si tiene el *máximum*, ¿por qué no se va? ¡Dios mío!»

Un día de revista, el coronel, terminada ésta, se trasladó a la cuadra para dar a su caballo terroncitos de azúcar. Era su costumbre. Pésimo jinete por naturaleza, mimaba al jaco para el momento de absoluta necesidad, porque por su gusto jamás ponía el pie en el estribo. El jaco era manso, penco por derecho propio, peludo y feísimo.

Alguien le insinuó ese día que debía buscar otro. —¡Otro! —exclamó—. De ningún modo. Si éste me faltara pediría el retiro.

La frase corrió por todo el cuartel.

Ocho días después el caballo reventó. ¡Una mano aleva había echado arsénico en el *forrajel*!

Allí el forraje es de rigor en cierta época, aunque sólo para el ganado, naturalmente.

A todo el mundo sorprendía que dos hombres de caracteres tan opuestos como eran los tenientes *Pepín y Mustafá* (apodos célebres en el Ejército hace cuarenta y pico de años) vivieran juntos en paz y gracia de Dios.

Cuando le hablaban de esto a *Pepín* lo explicaba del siguiente modo:

Precisamente porque tenemos gustos diferentes nos va muy bien. Vais a ver: Para el almuerzo nos gusta a diario el arroz con pollo. *Mustafá*, como buen cubanito, prefiere el arroz... Pues yo me como el pollo... Y así en todo. ¡Figúrense ustedes lo que ocurriría entre *Mustafá* y otro que no fuera yo, si ambos prefirieran el arroz... ¡La que se armaba! Desengañaos: para vivir en armonía es preciso que no armonicen los caracteres.

—¡Eres tan cobardón como una liebre! —increpaban a un tambor varios soldados.

—La liebre no es cobarde —replicaba él—. No me ofendo por la comparación.

—¿Cómo que no es cobarde la liebre?

—¡Cobarde la liebre!... Ya os quisiera yo ver en su lugar, con sus piernas y... sin fusil.



(Continuación.)

Y como esto se repite en todas las localidades del tránsito, condenan al infeliz trashumante a una forzosa vagancia, a un continuo destierro, a ser el eterno réprobo sin esperanza de redención. Muchos de éstos habrá visto en el camino. En otras partes, el obrero recibe alojamiento y manutención *en casas de trabajo*, hospicio, asilo y hospital a un tiempo, y al marchar se le entrega su hoja de ruta, que le sirve para ser asistido en todo su viaje. En otras partes, también el pobre honrado como yo que carece de recursos, el vergonzante que trata de ocultar su miseria, no tiene necesidad de exponerla públicamente para ser socorrido, porque hay una solícita tutela que le ayuda a vivir.

—Sí, vamos, socialismo puro.

—No, señor, no apunto tan alto: concepto más puro y humano de la vida; la caridad bien entendida y mejor ejercitada, y no lo que pasa entre nosotros, que el holgazán, el vago, el astuto simulador, arrebatan el haber del pobre. Tales son este atajo de hampones que nos rodea. A bien que en cuanto empiecen a venir los coches y el señorío, vendrán los municipales y los aventarán.

—Pues me pone usted en cuidado—repuse—, porque yo no les pareceré ningún milord.

—Ni yo tampoco; pero no pase cuidado, que aún es temprano para que se metan con nosotros. Es la hora de la siesta de los sevillanos, y las cigarras podemos cantar al sol.

—Y ¿por qué se han de meter con usted?... Una persona decente...

—¿Decente? ¡Cómo engañan las apariencias! Soy un pobre vergonzante, un vago sevillano. No se lo conté todo; precisamente en estos días me desahució el infame casero y me plantó en la calle.

—¿Y su madre de usted?

—La pobre está en el hospital. Eso me consuela en parte; que siquiera esté recogida y no sepa lo que paso yo. Sólo que hoy es día de visita, y como hace tiempo que no cae ningún memorial, no tengo tan siquiera para llevarle un limón con que le hagan refresco. ¡Ya ve usted, no he comido en todo el día y no me atormenta el hambre; lo que me atormenta es la sed de mi madre! No poderla convidar a un refresco...

Me conmovió la piedad filial de aquel hombre que olvidaba sus penas acordándose de su madre. Pero ¿qué podía hacer, pobre de mí, en su ayuda?

Entonces me pareció que las pesetillas ungidas por manos arzobispales en Mairena, más sesudas que las otras del académico de Madrid, me gritaban desde el bolsillo: ¡*Memento! Homines ad Deos*... y lo demás.

—Decís bien, macuquinas—contesté para mi cojeto—. Hay que ayudar a este hermano.

Y con igual franqueza que él me contó su infortunio, yo le dije que fuera servido de aceptar una merienda tabernaria.

Esto me suponía una o dos pesetas menos de caudal y también otros tantos días menos de descanso en Sevilla; mas no importaba.

El inválido pareció dudar un momento, pero acabó por coger la muleta y ponerse en pie. Y pascito a paso, fuimos a parar a una bodega de las muchas que hay en la Ronda, entre la Plaza de Toros y la Puerta de Triana.

—¿Qué va a ser, señores?—nos preguntó el tabernero.

—Por lo pronto, dos cañitas—dijo el inválido adelantándose a mi respuesta.

E *in continenti* sirviéronnos el clarete con sendas aceitunas, como es de adehala en Andalucía.

Mire usted—díjome entonces el inválido—, he pedido esta bicoca porque quiero evitarle mayor gasto. Es usted un pobre como yo, y estaría mal explotarle.

—No hay tal cosa—respondí—. Tengo mucho gusto en convidarle; fuera de que tampoco he comido yo, y comeremos juntos.

—A eso iba, amigo mío—replicó él—. Cualquiera bocado que pida, así sea un plato de callos, le costará una peseta, aparte del pan y del vino. ¿Tiene usted mucha hambre?

—¿Pues no la he de tener? Y usted también. ¿Qué es eso de mirar una peseta ni dos, tratándose de llenar el bandullo?

—Es que esas dos pesetas pueden ahorrarse, y podemos comer de balde en otra parte.

—¡Ah! Si usted sabe dónde sirven de balde, vamos andando.

—Hay que esperar. Por esto le pregunté si le apuraba mucho el hambre. Sí, hay que esperar a que se ponga el sol; a este momento se abrirán para usted un hotel, para mí un comedor.

—¿De balde, eh? Pero que no sea el hotel de San Cayetano. Y ¿dónde están estos sitios encantados?—repuse medio en chanza, medio en serio, en la duda de si aquel hombre fantaseaba o me tendía algún lazo.

—Muy cerca de donde estamos—replicó él—. Lo que me extraña es que no los conozca usted. ¿Cuántos días lleva en Sevilla?

—Hoy es el tercero.

—¿Dónde se recoge, quiero decir, dónde duerme usted?

—Pues ahí verá amigo; con este tiempo tan hermoso, en cualquier parte, a manta de Dios.

—Pero ¿es que usted no sabe que por fuera de transeunte la ciudad le otorga durante tres días cama, cena y comida al mediodía?

—¡Hola! ¿Esas tenemos? Debiera pregonarse en toda España para conocimiento de los hermanitos pobres.

—No hace falta, porque lo saben muy bien—replicó el inválido siguiéndome la corriente—. Por esto, porque acuden a pelotones, se establece el turno de los tres días. Si así no fuera, no cabrían en el hotel.

—Y ¿sigue usted llamándole así?—repuse verdaderamente intrigado.

—Así le llamamos los sevillanos: «El Hotel de los Pobres»; pero su verdadero nombre es el *Refugio de la Caridad*.

Hice una mueca de repugnancia. Con este nombre habíanme brindado con otros hoteles gratuitos en otras poblaciones del tránsito, y los rechazé.

Prefería dormir al raso a dormir entre mendigos. Así hube de manifestárselo a mi interlocutor.

—Pues hará usted mal en hacer ascos a este asilo, por otro nombre la *Casa de Mañana*. ¿Ha oído usted hablar de este personaje? Parece ser el «Burlador de Sevilla», el Don Juan Tenorio de la leyenda. La verdad es que don Miguel de Mañana fué un caballero sevillano, un calavera que se arrepintió y fundó esta Casa, de la que fué Hermano mayor, y que en su capilla se hizo enterrar con este epitafio: *Aquí yacen los huesos y cenizas del peor hombre que ha habido en el mundo*.

Ante esta explicación se desvanecieron mis escrúpulos. La caridad de Mañana purificaba el asilo que había de cobijarme. El peregrino aceptaría la cama y la sopa con que el contrito caballero le brindaba, y aun deshojaría la flor del agradecimiento sobre su losa sepulcral.

—Bueno—le dije al fin—; ya veo que me deja usted arreglado con hotel para tres días; ahora dígame de su comedor.

—Mi comedor está junto por junto con su hotel: es la *Maestranza* a la hora del rancho—repuso el inválido con la misma imperturbabilidad—. Conque ya lo sabe usted: a la caída de la tarde se deja caer por estos alrededores, y será ello; a menos que prefiera venirse conmigo, porque me voy a ver a mi vieja, que está en el mismo Hospital de la Caridad.

—Y yo con usted—le dije.

Pagué, y echamos a andar. Bajamos otra vez la Ronda, y casi enfrente a la *Torre del Oro* torcimos a la izquierda, hacia una plazoleta donde se levanta la *Caridad*. Como aún faltaban algunos minutos para la visita de los enfermos, nos sentamos en un banco de los jardinillos. Al frente se destacaba el barrio de Triana sobre la barranca del río, y subían hasta nosotros los silbidos de los vapores en el sereno Guadalquivir, haciendo el tráfico de la rica exportación sevillana. Un muchacho naranjero cruzó por la plaza pregonando las mandarinas. Por cinco céntimos compré dos, y di una al inválido, que se la guardó en el bolsillo.

Adiviné que lo hacía para llevársela a su madre, y con esto me acordé de la deuda en que estaba con aquel hombre.

—Paréceme, amigo mío—le dije—, que somos un tantico egoístas y desmemoriados.

—¿Por qué lo dice usted?

—Porque nosotros nos regalamos tomando cañitas y chupando naranjas, y no nos acordamos de proveer a la enferma.

El me agradeció con una sonrisa tan delicado recuerdo.

—¿Qué pudiéramos llevarle que más le cumpliera?—le pregunté.

Y aquel pobre hombre que, tratándose de él, se mostró cicatero y ahorrativo del dinero ajeno, ahora, al tratarse de su madre, en poco estuvo que me pidiera empanadas de pollos y perdices; pero quedé en buen lugar dándole dos pesetas con que proveyera a su talante.

A este punto, la esquila de la Caridad tocó a visita, y los dos compañeros se separaron quedando en reunirse allí mismo, a la caída de la tarde.

Hurgué en mi bolsillo y conté escasamente dos pesetas más en calderilla. Pero no me acongojé; doblé la frente, como si en aquel instante me bendijese la vieja desde su cama, y con despreocupación, casi con ufanía, fui a sentarme al pretil del río hasta tanto se abriera la puerta del hotel.

III

LA CASA DE MAÑARA

A la hora en que el vecindario de otras poblaciones se acuesta, el señorío sevillano se despereza para gozar de las delicias estivales.

El sol y el polvo no castigan ya, y lujosos trenes afluyen a la ría, al parque y a las alamedas. La



cinta del Guadalquivir se tiñe con los arboles del Poniente, y el aire se satura con las emanaciones de los pensiles de San Telmo y Las Delicias. A pocos pasos, la Torre del Oro muestra limpios y bruñidos los azulejos que le sirven de montera,

y escalando el Cielo, la Giralda, eternamente nueva y eternamente hermosa, señorea el ámbito con su grácil cuerpo, recortado en grecas y líneas de tradición clásica.

Allá, en la ciudad, van a empezar los visiteos en los patios; las citas al pie de las rejas, el oteo de los ojos negros desde las ventanas y las zambra de las guitarras callejeras; pero el peregrino no verá nada de esa noche, porque le está esperando la casa de Mañara.

No sin cierta melancolía dejó la zona alegre de paseo del río y guié los pasos hacia la plazuela donde estaría esperándome el inválido: Trabaje me costó encontrar a éste, porque el sitio estaba convertido en un campamento de miserables; pero al fin le vi venir, apoyado en su muleta.

—Creía que no venía usted—me dijo—. Llegó en el preciso momento en que van a dar la estrada.

—Pero ¿y esta gente?—contesté desanimado a ver tanta pobreza.

—Vinieron, como yo, al rancho de los artilleros de la Maestranza, y están jugándose a la carteta pan y las colillas de cigarro. El Refugio no reza con ellos ni ellos lo desean, porque necesitan la noche para pelear. Otros son vergonzantes de la ciudad que acuden por si sobran camas y les dejan entrar; pero pierden el tiempo, porque los preferidos son los forasteros. Si así no fuese, yo también probaría. ¡Ea, vamos ya!

Dijo, y me llevó a un callejón junto a la iglesia por donde se iba a la hospedería. En la puerta estaba el portero y un guardia municipal. Los asilados iban avanzando en hilera, y unos entraban y otros no. A éstos les faltaba la cédula o el pasaporte del camino; otros habían cumplido los tres días reglamentarios; otros, en fin, eran conocidos por vagos profesionales de la localidad. Al fin tocó a mí. Tan quemado venía del sol, que el portero comprendió en seguida que era un pobre caminante, y sin más requisitorias me franqué la estrada.

A mi lado estaba el tullido, dispuesto a despedirse e irse. El municipal lo vió y dijo en voz alta al empleado:

—¡El maestrillo de Triana! Déjele pasar. Le conozco; es un buen hombre.

—No puede ser—respondió el otro—, por esta noche está completo el número y no hay más camas.

Estuve para cederle mi plaza al tullido; pero me dió tiempo a decírselo.

—Adiós—me dijo—, mañana nos veremos. Pase buenas noches.

Y usted ¿cómo se las va a arreglar?

—Sevilla es muy grande y no me faltará un hueco para dormir.

Y no hablamos más, porque se cerró la puerta. No me pesó haber entrado en la casa. Un local sencillo, amplio y aseado, con un dormitorio común, sin más arrequives que un reloj de pared y una capillita al fondo con una Virgen.

Dos señores, dos hermanos de la Cofradía, salieron a recibir a los pobres, a quienes estaban esperando sendas camas limpias, mullidas y recién hechas. Preliminar de la cena fué un lavatorio de pies, tradición apostólica que aquí resultaba higiénica, dada la calidad de los huéspedes.

Los dos hermanos, en competencia, nos enjugaban los pies con una toalla y luego nos los besaban. Yo les dejé hacer. Cerré los ojos, y con la mano en el pecho recibí el ósculo penitencial del hermano de Mañara.

Tras esto se encendieron las dos velas de la capillita y todos rezamos un Padrenuestro y una Salve por las ánimas benditas de los hermanos fallecidos.

Luego fué la cena, una sopa con un par de huevos, lo bastante para calentar el estómago y acostarse.

Lo cual hicimos, no sin ceñirnos antes a la cabeza un birrete o galocha para no manchar las almohadas. En tal guisa, encamado cada quisque, aquello parecía una sala de hospital.

Como quiera que fuese, por primera vez en mi viaje dormí reverenciado, bien cenado y bien aposentado, tomando la horizontal a mi sabor en mullida cama, después de dormir tantos días en el santo suelo.

Aquella noche soñé con mi cama de Madrid, y tengo el vago recuerdo de haber hablado con la señora Gregoria la papelera y con Juan el mozo de cuerda, que seguían tan buenos amigos míos e interesándose por mi suerte. Soñé también con mi compañero de la tarde, con el pobre inválido, y más de una vez me despertó la negra idea de oír a deshoras de la noche el golpe de su muleta por las calles de Sevilla en busca de un rincón donde cobijarse...

Ducho antes que saliera el sol estábamos todos recogidos despiertos y despabilados, esperando el toque de diana de la esquila. Parecíamos goloncinas hospedadas en un granero, que en la madrugada aletean impacientes ansiando salir afuera.

Tocó, al fin, la campana, y los asilados hicieron resoluciones. Aquellos que habían de volver, dejaron el petate a la cabecera de la cama, y los que no, cargaron con sus líos. A todos se les despachó en

ayunas; pero al mediodía los primeros volvieron a entrar y fueron obsequiados con un plato substancioso y un dedal de vino rancio muy exquisito. Hacía de Hebe una hermana de la Caridad, empuñando la clásica *venencia*, a copa por barba.

LUZ EN LAS SOMBRAS

Este día y el siguiente, por más que estuve esperando, no vi al inválido; pero al tercero, en que se cumplía mi estancia en el asilo, me encontré al co-



jitranco donde la vez primera, en uno de los jardines, me encontré al inválido. Él me saludó con un gesto de reconocimiento y me dijo: —¿Qué tal le trató a usted Mañara?— me preguntó jovial.

—A cuerpo de rey—repuse en el mismo tono.

—Ya sabe usted que hoy es el último día.

—De veras que lo siento; más que todo por la

camara, pues por lo demás...

—Sí; lo que mata al pobre es no tener donde

pasar la noche.

—Y usted ¿cómo ha dormido? ¿Se agenció al-

bergue?

—¿Albergue?—replicó con triste sonrisa—. Un escondrijo en las afueras, que a dicha pude encontrar. Una pobre viuda cuyo hijo desasné ha tiempo en una de mis escuelas al aire libre, y que ahora me da cama y cena, a condición de que siga enseñando al muchacho. Ahí tiene explicado por qué no me vió en esos dos días; los empleé en montar mi escuela. Hoy fué día de asueto, y vine a verle a usted. Conque ya lo sabe: caso que continúe en Sevilla, me permito ofrecerle mi nuevo domicilio.

Tenía resuelto en aquella tarde tomar el camino de Granada; pero no me acababa de resolver, porque el tiempo andaba revuelto con ganas de llover, la peor cosa que más temía en mis andanzas, y si bien entendí que el albergue de mi cojitranco no sería un palacio encantado, allá me fuí con él a ganar la noche.

Empezó a llover menudo, y avivámos el paso.

Salimos a la Fábrica de Tabacos, al Matadero, y pasado el arroyo del Tagarete nos encontramos con la línea de circunvalación que une las vías de Córdoba y de Cádiz y da la vuelta a Sevilla.

En estos parajes, no lejos de la fundición de artillería, hay un sitio denominado *El Humero*. Le da ese nombre la chimenea de una fábrica por donde salen los humos. Es aquel uno de los sitios más desolados de Sevilla, y contribuyen a aumentar su tristeza la vecindad del presidio y los paredones por donde van los caños de Carmona.

El Humero son las ruinas de otra fábrica, de paredes agrietadas y vacilantes, convertidas en guarida de gente pobre. No se veía un sér viviente, porque estaba lloviendo. Un aire húmedo traía la densa humorada de la fábrica y la extendía como un sudario de niebla sobre *El Humero*. Cruzamos el solar, con barro hasta los tobillos, y al llegar a un cuartel de tugurios con puertas de estera y techos de hojas de lata, afianzadas con piedras y ladrillos, paró mi guía ante una de las viviendas.

—Adelante, don Gaspar—dijo una mujer—. Buenas noches, con la compañía.

Entramos, y vi lo que suponía. Un cuartucho obscuro, con unas trébedes en medio y unos camastros en los rincones, y junto a la lumbre una mujer cocinando. Dos sillas viejas, un cajón para sentarse y una mesa sucia formaban todo el mobiliario.

—Le presento a mi patrona—dijo, sonriente, el inválido—; la madre del mejor alumno que he tenido: ¡Vaya un primor de chico! Con qué facilidad aprende cuanto se le enseña! Vaya, que con el tiempo hemos de hacer de él un señor ingeniero o cosa así... ¿Por dónde anda, señora Angustias?

La señora Angustias, muy satisfecha con las banzas del pedagogo a su hijo, respondió:

—Paco salió esta mañana; pero no ha de tardar en venir. Como hoy fué día de reparto de pan en el cortijo de Miura, lo envié allí temprano, para que no le tomaran la delantera.

Esto merece una explicación. A dos o tres leguas de la fundición, en el camino de Utrera, hay un cortijo del ganadero de aquel nombre. Entre otras mandas piadosas que éste dejara al morir, figura el reparto de un número de hogazas, un día sí y otro no, a cuantos llegasen a pedir las a la casa de labor. Las hogazas son tan grandes, que una familia tiene para más de un día; pero, como se disputan tantos pedigüños, sucede que el que llega tarde se vuelve con las manos vacías. Era el temor de la señora Angustias; pero se tranquilizó cuando, a poco de nosotros, llegó el chico con la enorme hogaza en el sobaco.

—Buenas noches, madre—dijo, entregándole el pan—. Señor maestro—añadió, iniciando un saludo con la punta de los dedos en el ala del sombrero— hoy hice novillos, pero fué porque me entretenía en la dehesa de Miura.

—Que Dios tenga en su santa gloria a don Antonio por el bien que hace a los pobres—dijo la señora Angustias besando el pan, una hermosa hogaza de más de tres libras.

—Don Antonio es el nombre de Miura, el dueño de la ganadería. Con esto, la pobre madre empezó a cortar rebapadas de pan y a hacer una rica sopa de ajo.

En medio de tanta pobreza, allí se respiraba cierta unción patriarcal. La pobre viuda, su hijo y el inválido traían a mis mientes el bíblico recuerdo de la Sunamita hospedando al profeta Elías. Ciertamente que mi compañero no le tendría que resucitar a su hijo; pero lo sacaba del limbo de la ignorancia si lo resucitaba espiritualmente.

—Mientras se freían los ajos, don Gaspar—por lo que ya sabemos su nombre—me mostró los enseres de su escuela: la mesa donde escribía el muchacho un encerado muy negro, adherido a una tabla, cubierto con el hule alquitranado de esos que sirven para resguardar las mercaderías marítimas y que se encuentran tirado en los muelles. Con una esponja humedecida, Paco se entretenía en sacar lustre, y en seguida trazaba círculos y polígonos porque ya estaba iniciándose en trigonometría. La madre le dejaba hacer, y oía complacida las correcciones y advertencias del profesor al discípulo. El muchacho estaba sentado junto a la hornilla, secándose la ropa.

(Continuara.)